



# LOS INQUILINOS

M A R C O F A J A R D O



quimantú

El autor

Marco Fajardo (Alemania, 1976) es periodista chileno. Desde 2003 vive en Buenos Aires. En editorial Quimantú publicó el libro “Contra Bachelet y otros” (2006), una investigación periodística sobre los militares que se opusieron al golpe de Estado de 1973, y “Postales” (2008), una recopilación de columnas de viaje y sobre su experiencia de vida en Buenos Aires. “Los inquilinos” es su primera obra de ficción.

## LOS INQUILINOS

© Marco Fajardo

Registro de Propiedad Intelectual N°168.158  
Diciembre 2007

Primera edición chilena

Santiago de Chile, diciembre de 2009

Producción y Diseño Gráfico: Editorial Quimantú  
Foto de portada: Valentina Uccelli

[www.quimantu.c](http://www.quimantu.c)  
<http://editorialquimantu.blogspot.com/>  
[editorial@quimantu.cl](mailto:editorial@quimantu.cl)

*Creando En-Señas*



**quimantú**



# Presentación

*inquilino, na (del lat. inquilinus)*

*1. Persona que ha tomado una casa o parte de ella en alquiler para habitarla.*

*2. Arrendatario, comúnmente de finca urbana.*

*3. Chile. Persona que vive en una finca rústica en la cual se le da habitación y un trozo de terreno para que lo explote por su cuenta, con la obligación de trabajar en el mismo campo en beneficio del propietario.*

*(Diccionario de la Real Academia Española)*

Sólo con su definición, ya podemos tener una idea de lo que podemos encontrar al leer “Los Inquilinos”, y si hemos leído el trabajo anterior de Marco Fajardo, es probable que no se nos pase por la mente una comedia. En resumen, esta es una novela de ficción que parece un documental de Chile en los últimos 30 años... del Chile que no es una postal, ni del que se vende como el jaguar latinoamericano.

Ya algo de este nuevo trabajo se intuía en “Postales” (Quimantú, 2008), pero ahora no son crónicas personales, si no la sumatoria de varias vidas, fragmentos de vida que se unen para darnos una muestra de identidad nacional, que duele lo tan nuestra que puede llegar a ser.

Como bien nos resumió su autor, este trabajo está “lleno de voces/personajes diversos, con episodios de manifestaciones políticas, violencia policial, fantasías sexuales, pornografía, historias de la represión en la época de la dictadura, críticas a la transición de los 90, talleres literarios santiaguinos, un mochileo por Europa y una historia de amor”. Ni más ni menos encontrarán en sus páginas.

Este trabajo es el segundo número de la colección Creando En-Señas, que por alguna razón (con esto queremos decir que en ningún caso ha sido a propósito), han sido trabajos novelados de hechos reales. Primero con Alto Hospicio (la oscura historia del periodista que cuenta los asesinatos en este pequeño poblado nortino) y ahora con Los Inquilinos, se da cuenta de una sociedad decadente, tan real que no parecen historias inventadas.

Tal vez subliminalmente queremos entregar más realidad que ficción. En el mundo en que las vendas siempre están, adornadas de eufemismos y farándulas, va nuestro pequeño grano de arena para atisbar bajo las vendas y ver nuestro país sin adornos, aunque sea a través de novelas que se dicen de ficción.

Con Marco nos une la amistad y una historia de confianzas. Por tercera vez publicamos sus escritos; creyó en nuestro proyecto cuando recién comenzamos como nosotros creímos en su arte, y en este momento, en que nuestro catálogo crece y trascendemos al nombre de Quimantú, nos confía un trabajo muy personal, que apuesta un poco menos a la seriedad periodística y mucho más a la soltura de la pluma. Aquí lo dejamos para que juzguen y después nos comenten.

Editorial Quimantú  
Diciembre de 2009

# LOS INQUILINOS

**Marco Fajardo**

**ADVERTENCIA DEL AUTOR: ESTA ES UNA  
OBRA DE FICCIÓN. TODOS LOS SUCESOS Y  
PERSONAJES SON IMAGINARIOS.**

M.F.



*“La única verdad es la realidad”.*  
Juan Domingo Perón, ex presidente argentino

*“The past is not dead. In fact, it’s not even  
past”.*  
W. Faulkner

*“No sólo asistíamos a todas las fiestas,  
sino que siempre nos quedábamos hasta el  
final, fumando en un rincón, esperando que  
ocurriera algo antes de que se encendiesen  
las luces; nunca ocurrió nada”.*  
Javier Cercas



– ¡Párate conchetumadre!

Adrián corre, se tropieza y gatea en el suelo. El paco lo patea en las costillas con su bota y luego le pega en la espalda con algo que parece una barra de hierro.

– ¡Párate culiao!

Adrián se pone de pie y agacha instintivamente la cabeza. El paco, a sus espaldas, lo agarra del hombro y lo empuja de cara contra la pared. Adrián alza los brazos y el paco le obliga a abrir las piernas, mientras le arranca la mochila de la espalda.

– Así que andai hueviando, cabro culiao. ¡Quédate quieto conchetumadre! -le espeta, mientras le da otro lumazo en la espalda. Logra abrir la mochila y saca triunfante un par de panfletos. “No a la privatización de la educación superior”. Antes de la marcha, un amigo le había pedido a Adrián que se los guardara y él aceptó.

– ¿Pa' esto salís a hueviar? ¿Pa' esto salís a hueviar? -le grita, sin darle tiempo de contestar. – ¡No me mirís, culiao, sigue mirando la pared! -chilla, y le pega de nuevo en la espalda.

Es un día de invierno, están en una calle perpendicular a la Alameda, muy cerca del **ministerio** de Educación, donde terminó la marcha de los universitarios. Adrián gira su cabeza ligeramente a la izquierda y ve a sus compañeros corriendo allá, a lo lejos, a unas dos o tres cuadras, perseguidos por el guanaco y el zorrillo. El aire huele a gas lacrimógeno.

– ¡Yo no estaba naciendo nada! -ensaya Adrián. – Yo...

– Cállate, culiao, no me vengai con huevás. ¡Mira la pared, conchetumadre! -le grita el paco, y de nuevo le pega con la luma. Adrián nunca pensó que fueran tan duras. Durante un momento ha visto la cara del paco, detrás del casco: un tipo un poco más bajo que él, regordete, de intensos ojos azules y una mirada de odio.

Pasan unos minutos. Luego el paco le da una patada en el culo y le agarra la muñeca. Lo hace darse vuelta y empiezan a caminar hacia el zorrillo.

\* \* \*

De joven, Juan tuvo la mala suerte de vivir en el Chile de los 90. Juan no podía beber una lata de cerveza en la calle, porque si lo hacía y lo pillaba un paco, se lo llevaba detenido hasta la 21a. Comisaría de Estación Central. Juan no podía tirar con su vecinita Carolina, porque ella sólo quería hacerlo si le pedía pololeo. Juan trabajaba en una multitienda y ganaba un dólar por hora y se daba cuenta de que uno podía trabajar toda la vida y nunca tener nada.

A principios de los 70, con Allende, los padres de Juan tuvieron esperanza. Ahora, cuando terminaba el siglo XX, a los padres de Juan no les importaba nada. Ahora, nadie le importaba a nadie, y a nadie le importaba nada una reverenda mierda.

\* \* \*

El Hombre Fantástico V sabe el nombre de las embarazadas que suben a la micro o al vagón del metro. Él está sentado y ella sube con su barriga o su barriguita, o incluso a veces ella aún no sabe que está embarazada, y entonces el Hombre Fantástico V la mira a los ojos y la llama por su nombre para darle el asiento.

Cuando la barriga de ella es grande o medianita, acepta de inmediato. Cuando aún no sabe que viene un primero, un segundo o un tercero en camino, a veces rechaza la oferta. En todos los casos lo mira con cara de extrañada, tratando de saber de dónde conoce a este tipo, que la llama por su nombre, y a quien nunca ha visto o apenas puede alcanzar a confundir con alguien.

\* \* \*

A veces, en su cubículo del call center, Pablo sueña con ser escritor. El problema es que no escribe una mierda.

Cuando era adolescente lo hacía como enfermo, cuentos aquí, poemas allá, aunque muchos años más tarde su profesora de psicología le dijo que a esa edad todos los jóvenes sin excepción escribían. Pablo empezó a los doce años. Sacaba del mueble la máquina Olivetti de su madre, la colocaba sobre el escritorio y empezaba a teclear en unas hojas tipo papel mantequilla. Al

principio escribía mucha ciencia ficción, influenciado por los autores que más le gustaban: Asimov, Sturgeon, Larry Niven. Eran unos cuentos muy malos que guardaba en una enorme carpeta gris y que nadie leía.

Después, como a los 16 años, empezó su etapa “realista”. Imitaba a Benedetti, y los personajes de sus relatos incluso hablaban con un ridículo acento rioplatense, aunque Pablo viviera en el Chile ignorante y endeudado de principios de los 90.

En aquella época, Pablo mostraba estos relatos a su mejor amigo. Gabriel pensaba que los cuentos eran malos, pero estimaba a Pablo, así que por lo general le decía que le parecían “interesantes”, con la misma expresión que usaba al comentar que una chica era “simpática”, cuando en realidad era fea.

Pablo también componía versos. Se enamoraba de la hermana de un amigo, de una compañera de colegio, o empezaba a encontrar linda a una prima que siempre le había parecido odiosa, y entonces hablaba de ríos de lava que se derramaban por una entropiada abierta como un molusco o idealizaba un atardecer que la chica en cuestión y él habían pasado en un balneario del Pacífico donde, para ser rigurosos, no había pasado nada, o se vengaba tras la negativa de un beso escribiendo en rima que muchos años después ella le rogaría por una caricia, un abrazo, una palabra dulce, cosa que obviamente tampoco iba a suceder nunca.

En aquella época, Pablo tenía problemas para relacionarse con la gente. Iba al colegio por la mañana, y por la tarde se encerraba en su habitación a escribir y a dormir. Participó en algunos talleres literarios y ganó varios concursos comunales.

Luego entró a la universidad a estudiar Literatura y empezó a socializar un poco más con el mundo exterior, mientras escribía cada vez menos. A los 28 años no redactaba ni siquiera un cuento por semestre.

Pablo siempre decía que un día iba a volver a escribir. Decía que iba a tener un accidente y estaría postrado mucho tiempo, y que entonces se vería obligado a hacerlo. Que su polola lo dejaría y él quedaría tan hecho mierda que se iba a refugiar en

una cabaña en la playa. Pablo decía que ahora era la época de vivir, y que luego ya llegaría el momento de escribir. Puras excusas.

Algunas noches, Pablo se sentaba en la computadora, pero a los quince minutos empezaba a pensar que se estaba perdiendo de algo allá afuera, y entonces agarraba su agenda telefónica y marcaba un número para irse de fiesta.

\* \* \*

*Me subo a la micro en Macul. Está medio vacía. Pago y en la mitad del pasillo la veo, de polera y jeans, con una mochila. Es joven, morena, alta, probablemente estudiante del Pedagógico. Está seria, pero tiene cara de caliente.*

*Me siento en un lugar lateral a ella y cada tanto la miro con disimulo. Es una mañana de primavera. Me pregunto adonde irá. Tiene piernas largas y unas tetas hermosas, el cabello cogido en una cola de caballo.*

*Nos imaginamos en un motel del Centro, en un jacuzzi lleno de espuma. Primero los dos estamos sentados, jugando con el agua. Luego me siento en el borde, con la penca parada. Ella se acerca, se inclina y empieza a chuparla. La mama con paciencia y delicadeza, me besa los huevos, y luego vuelve a meterse la penca en la boca. De vez en cuando me mira con sus ojos grandes. Después de un rato acabo en su cara, mientras ella cierra los ojos. Cuando termino, ella se limpia con los dedos las gotas de semen de las mejillas y se los mete en la boca.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 2.

\* \* \*

Juan, el eterno extranjero.

Nacido y criado en Rinkeby, Estocolmo, para los suecos siempre fue chileno, aunque nunca había ido a Chile y apenas hablaba el español.

En la Villa Olímpica de Santiago, jugando fútbol en las canchas del Estadio Nacional, en cambio, era “el gringo”, por su marcado acento foráneo.

Para los sociólogos, que buscaban pega después del regreso de la democracia, era un “retornado”, aunque en estricto rigor Juan no había retornado sino llegado a Chile, muy a su pesar, de la mano de sus padres. Para pagar por un crimen que no había cometido ahora debía vivir en el culo del mundo, en un país que lo recibió con desconfianza, con desidia, con abulia.

A principios de los 80, con cinco años, a Juan no lo dejaron entrar a Chile porque figuraba en un Listado y era un peligro para la seguridad nacional.

A mediados de los 80, a Juan lo expulsaron de un liceo numerado por pintar un verso de Neruda en un mural.

A principios de los 90, a Juan lo echaron del hospital porque en una discusión dijo que estaba a favor del aborto.

A mediados de los 90, a Juan lo tomaron preso en los tribunales, por protestar contra la ley de Anmstía y reclamar la cárcel para el asesino de su padre, que no había pasado un solo día en prisión.

A principios del 2000, Juan se pegó un balazo en su casa en San Ramón, Juan volvió a Rinkeby, Juan fue internado en el Open Door.

\* \* \*

Nicolás, el periodista, trabaja en el diario desde hace dos años. Se quedó luego de hacer la práctica. Primero escribió en Policiales, luego pasó a Crónica. Nunca ha tenido vacaciones. Tampoco un contrato, jubilación o salud. Está a honorarios y le pagan por día trabajado. Son 150 lucas por mes, lo suficiente para arrendar una pieza, pagar la micro y tomarse una chelita el sábado por la noche.

Periodísticamente, aquel diario es el peor de todos. Pertenece al gobierno. A veces los directores son demócratacristianos, otras veces socialistas. No se puede atacar al poder de turno. Todos los años llega un director nuevo y anuncia en su primera charla al personal la modernización del diario, y entonces se cambia el formato de la portada y se echa gente para contratar a los amigos del recién llegado.

En esos momentos suelen entrar nuevos editores, generalmente treinteañeros muy exigentes. Juran que trabajar más horas aumenta la productividad. Son ex izquierdistas, pero en el fondo siempre les ha gustado el dinero. Gritan a todo el mundo y se comportan como dueños de fondo. Ganan un millón y medio de pesos al mes.

Hay varias periodistas malas, que para “reportear” ni siquiera salen del diario. Esperan el noticiero del mediodía, ponen el grabador junto al televisor y registran las palabras del presentador sobre el tema que les toca cubrir, mientras hablan por teléfono con su mejor amiga.

Otros intentan competir con los grandes medios. Les interesa “golpear”, es decir, en jerga periodística, obtener una primicia antes que el resto. Aquello, dada la falta de redactores, fotógrafos, autos, dinero e incluso estímulos de los propios editores, obviamente es imposible. Cuando hay un tema candente, por ejemplo, los otros periódicos pueden tener un equipo de dos o tres periodistas trabajando en un asunto específico. En el diario de Nicolás, aquello es impensable.

En la sala de redacción sólo una computadora tiene acceso a Internet. Las llamadas internacionales se hacen a través de una mujer mayor que llevaba 25 años allí y respondía el teléfono del diario en horario laboral de lunes a viernes (Nicolás no se imaginaba trabajando 25 años en ninguna parte). El día que la despidieron hubo un acto en el casino, con una gran torta. La señora lloraba. Probablemente sabía que a su edad nunca más iba a volver a obtener un trabajo como aquel, con un sueldo fijo y seguridad social. Adiós, señora operadora.

Muchos de los periodistas del diario son jóvenes e izquierdistas, pero eso no significa nada. En la universidad, Nicolás comprendió que la orientación política de una persona no tenía nada que ver con su calidad como ser humano.

La comida tampoco es buena. Nicolás recuerda que el casino de su universidad era mejor. Allí la paella valenciana tenía realmente choritos con concha y todo, pollo y carne, y quedaba



satisfecho. En el diario, las raciones son pequeñas y dos horas después, siempre tiene hambre de nuevo.

Para Nicolás, el mejor momento es el fin de semana, cuando está solo de turno en su sección y tiene una página entera para colocar lo que quiera. Entonces se cree Tom Wolfe y prepara largos reportajes sobre abogados que hablan a favor de la legalización de la droga, comunistas húngaros asesinados durante la dictadura militar criolla, o un universitario detenido durante meses en la Penitenciaría tras una protesta, acusado falsamente de portar una bomba molotov.

Las primeras veces, cuando ve sus pequeñas obritas maestras publicadas, Nicolás se llena de orgullo. Las recorta y guarda en una carpeta. Probablemente nadie más, aparte de él, las leerá.

A pesar de todo, Nicolás se aferra a aquel trabajo mal pagado y su rutina provinciana, básicamente porque cree que no va a conseguir nada en ningún otro lado y se ha acostumbrado a aquel lugar, un buen motivo antropológico si los hay.

Al menos eso piensa él.

\* \* \*

La puerta trasera del jeep de pacos (es un zorrillo) se abre y Adrián ve a otros dos chicos tirados boca abajo en el piso del vehículo, con las manos en la cabeza. El paco lo empuja y Adrián cae encima de ellos. Lo golpea en la espalda una vez más y le ordena asumir la misma postura (¿1973? ¿1985? No, fines de los noventa, loco, con los socialistas en el poder). Luego la puerta se cierra.

Adrián puede ver que en el asiento del piloto está sentado un policía, que mantiene la vista al frente y parece estar tranquilo. Escucha fragmentos de comunicaciones de radio. Al cabo de unos minutos, Adrián se anima a hablarle.

– Señor, yo no estaba haciendo nada.

– Ay, cabros -responde el paco, – ¿por qué se meten en huevós?

– ¿Qué van a hacer con nosotros? -pregunta uno de los muchachos debajo de Adrián.

– Tranquilos, no les va a pasar nada -responde el paco.

Entonces los tres empiezan a hablar al tiempo. Sólo es un momento, porque en ese instante se abre la puerta y el otro paco les pega varias veces con la luma en la espalda, como quien apalea locos, mientras les grita que se queden callados. Luego cierra la puerta. Ese ejercicio se repite un par de veces. El paco abre la puerta, les pega, los insulta y luego la cierra de nuevo. Después de un rato, la puerta se abre una vez más. El paco tira a Adrián del pelo, lo saca del jeep y se lo lleva trotando a una micro policial. No hay nadie en la calle, pero los pacos corren como si hubiera francotiradores en los edificios, en mitad de una guerra.

\* \* \*

En aquel diario, Nicolás conoció a un gran amigo, Roberto. Se cayeron bien de inmediato. Ambos eran de izquierda y sabían que no iban a terminar su vida en aquel periódico. Compartían la adoración por aquella simpática rubia de rulos de Crónica y la morocha sexy de Política, y les gustaba beber cerveza en las noches de verano en la casa que Roberto habitaba cerca del Estadio Nacional. Roberto fantaseaba con irse en bus hasta Colombia y volar desde allí a Europa.

Ambos habían escrito un libro y no lo habían publicado. A veces subían el cerro San Cristóbal en bicicleta. Algunos fines de semana, Roberto preparaba pasta en casa, en honor a sus antepasados italianos, y conversaban hasta las cuatro de la mañana.

Un día, Roberto fue despedido. Empezó a trabajar en la oficina de importaciones y exportaciones de un tío, con la idea definitiva de obtener la ciudadanía italiana e irse de Chile

\* \* \*

*A veces, cuando ella se va al trabajo y yo tengo el día libre, saco una porno que tengo escondida en el entretecho, la pongo en la video y me masturbo.*

*La película se llama "Barely legal 3" y sus protagonistas (seis) son todas chicas que tienen entre 20 y 25 años. Son cinco episodios, cada uno de aproximadamente 15 minutos de duración, que siguen una argumentación bien precisa: primero ella se la chupa a él, luego él le mama la zorra a ella y después lo hacen, siempre sin condón. En algunos episodios hay sexo anal, en otros no.*

*Una cosa que me llama la atención es que, a pesar de todo, no todas las historias son iguales. En algunos episodios, las mujeres realmente aparentan disfrutar cuando hacen el amor, mientras que en otros decididamente sólo parecen estar en el set por dinero.*

*La primera chica es una princesa de ojos azules y un rostro muy hermoso. Cuando la veo me pregunto por qué habrá decidido ser actriz porno. En el video, ella es una chica rica que vive en una gran mansión y tiene un vecino, un chico rubio y joven, parecido a Matt Damon, que la espía cuando toma un baño y se masturba.*

*Un día ella decide invitarlo a su casa. Cuando se la empieza a mamar, a él no se le para del todo. A pesar de esto, ella dice: "la tienes bien dura".*

*Luego hacen el amor. Aunque ella grita, se nota que no lo disfruta. En cuanto al tipo, hace un esfuerzo enorme por quedar bien con el espectador. Al final eyacula en su cara. Por su mirada, me queda la sensación de que en el fondo a ella este hombre le importa tres pepinos. No hay empatía entre ambos, no sé si me explico.*

*En el segundo episodio, la chica es una mina rubia y con cara de despistada. Va al taller de un tipo que es un artista y hace esculturas, el señor Spears. El señor Spears es el típico chico lindo que en la secundaria se agarraba a todas las minas, pero que luego nunca encontró trabajo y terminó haciendo porno. Ambos siguen el argumento habitual, ella se lo mama, luego él le chupa el coño. Cuando él la penetra por primera vez, lo hace en cámara lenta, mientras se escucha la voz en off de ella que dice "nunca pensé que fuera a sentir algo así". Él se viene un par de veces, siempre con coitus interruptus.*

*Esta chica rubia no parece estar del todo descontenta por actuar en la película porno. Creo que no sólo lo hace por dinero, sino que aparte quería saber cómo era estar en una, por curiosidad.*

*La tercera chica también es muy hermosa, una rubia parecida a Anna Kournikova. Es de noche y ella va en un auto deportivo, con ganas de acostarse con alguien, cuando la detiene un policía. Se van a una calle apartada y luego ella empieza a mamársela, sentada al volante mientras él permanece de pie junto a la puerta del coche, con su uniforme de la policía de Los Angeles y los lentes Ray Ban puestos.*

*Luego, en un momento ella se baja y, sin dejar de mamársela, mea en la calle. Cuando vi la cinta por primera vez, esto me llamó la atención. Nunca había visto a una chica meando sobre el pavimento, en cuclillas, con la vagina al aire. Fue raro.*

*Luego él le mama el coño sobre el capó del auto, y después empiezan a tirar. A estas alturas el tipo está medio desnudo, aunque sigue con sus lentes de sol. Al final se la mete en el culo, en posición misionero.*

*Esta muchacha tiene una mirada de hielo, ide hielo! Definitivamente sólo sale con tipos que tienen dinero. Está en la película exclusivamente por plata, y le daría lo mismo que al otro día mataran al tipo con el que está ahora. Parece una mujer incapaz de enamorarse.*

*La cuarta chica es rubia y aunque su cara resulta un poco tosca, su cuerpo es absolutamente hermoso. Este episodio es mi favorito, porque la protagonista se parece mucho a una compañera de trabajo, así que cuando la mama o se la meten, me imagino que es mi colega.*

*Se conocen a la salida de un supermercado. Él anda en una gran moto Harley Davidson y es otro típico chico lindo. Se la lleva a su casa, y allí ella se la chupa mientras él le dice "bad girl". Luego él le hace un cunnilingus. La mejor parte es cuando hacen el amor, porque ella realmente parece disfrutarlo. Está en un set con técnicos, sonidistas, director, asistente de cámara, pero igual culea con unas ganas increíbles. Esta mujer cierra*

*los ojos cuando hace el amor y parece querer concentrarse en el placer del sexo. Siento que no sólo está ahí por dinero, sino que tal vez incluso lo percibe un poco como su profesión, como un oficio que le gusta.*

*En el quinto episodio, un famoso actor porno tiene sexo con dos chicas jóvenes. Él se parece a Andy García. Una de las chicas es latina, con un aire a Rosario Dawson. La otra mina es una rubia con dientes de conejo.*

*El actor porno anda en una gran camioneta. Se lleva a las chicas a su casa y allí le maman la penca por turnos. La latina es la mejor chupadora de toda la película. Aunque supuestamente es virgen, realiza el fellatio como ninguna otra actriz de la cinta. Suavemente, subiendo, bajando, con unos labios carnosos muy bellos, todo con mucho estilo.*

*Todo esto transcurre en una especie de silla de dentista. Una de las mejores escenas es cuando él se la mete en el culo mientras la voz en off de ella dice: "chicas, al principio me dolió, pero luego me gustó. Tengan cuidado, porque hay un antes y un después de tener sexo anal".*

*Por lo general veo cinco minutos de cada episodio, luego acabo. A veces me pregunto si las chicas hicieron otras películas. Me pregunto qué clase de vida habrán tenido y si seguirán con el mismo rollo.*

*Una vez un taxista me dijo: si no hubiera putas, habría más violaciones. Creo que con el porno pasa lo mismo.*

"El sexo en Chile", volumen 2, testimonio 6

\* \* \*

En Chile, Juan es extranjero en su propio país. Si en París la policía detiene en la calle a Jalil sólo por ser árabe y residir en Neuilly-sur-Marne, en Seine-Saint-Denis, en Santiago a Juan no le dan trabajo por vivir relegado en la población El Volcán II de Puente Alto, en departamentos sociales de 40 metros cuadrados sin divisiones y paredes de cartón.

Esas “soluciones habitacionales”, obras maestras del gobierno socialista, se anegan todos los años con las primeras lluvias de junio, que además convierten las canchas de polvo en un barrizal.

Los sábados por la noche, los pacos arrestan a Juan y a sus amigos y les pegan para divertirse un rato, de puro aburridos, y en la comisaría los ponen contra la pared mientras se toman el vino que les quitaron. Los sueltan al otro día. Cuando Juan va a buscar trabajo al centro, las secretarías hacen una mueca al escuchar su acento.

Juan se fue de Chile y nunca más volvió. Se instaló en Quilmes, en Lavapiés o Rinkeby.

\* \* \*

Ese domingo, luego de terminar su turno, Nicolás baja hasta los garajes del diario y agarra su bicicleta. Al guardia le dice hasta luego.

Se va por Teatinos, esquiva algunas micros y llega hasta la Alameda. Es junio, está a punto de comenzar el invierno.

Nicolás arrienda una habitación minúscula de una pensión en la calle Almirante Latorre, en uno de aquellos cités construidos en los años cuarenta. Cuesta cincuenta lucas por mes y es muy helada. No le importa. En otra pieza vive Pamela, su polola, una enfermera del Hospital Barros Luco.

Nicolás llegó a Chile a los catorce años. Se crió en Alemania. Sus padres vivieron allí el exilio después de una breve temporada en México. Se separaron cuando él era muy pequeño. De hecho a su viejo casi no lo recuerda. Lo único que tiene de él es una foto en blanco y negro donde están los dos a orillas del río Spree, en Berlín.

Su padre fue un “luchador internacionalista”, un revolucionario profesional que abandonó a su familia para salvar a la humanidad. A mediados de los ochenta se fue a Nicaragua. En 1992 se ahogó cruzando un río en Colombia. Nunca hallaron su cuerpo. No hubo funeral ni discursos. Como había sido bastante mujeriego, Nicolás tenía la esperanza de tener hermanos por ahí. Había sido hijo único.

Su madre era abogada y vivía en Vallenar, una ciudad en el norte de Chile. Allí Nicolás terminó la enseñanza media. Después se vino a Santiago a estudiar periodismo, mientras de lunes a viernes repartía correo privado por cinco lucas diarias. En la universidad tenía beca de almuerzo. Desde que se fue de su casa, siempre había vivido en piezas.

\* \* \*

*Empiezo a masturbarme recordando a dos ex compañeras de la Básica. Eran dos super amigas que siempre andaban juntas a todos lados. Una bajita y la otra alta, aunque delgadas las dos y siempre buenas alumnas. La bajita ahora es ingeniera y la otra no terminó ninguna carrera. Recurrentemente tengo la misma fantasía. Las invito al departamento, nos empelotamos, me la chupan alternadamente y luego me culeo a una y a otra. Al final nos dormimos plácidamente. Una paja convencional, lo que se dice.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 8

\* \* \*

A patadas y lumazos, el paco sube a Adrián a la micro policial. Adentro hay una fila de diez o doce cabros arrodillados en el pasillo, con las manos en la nuca y la cabeza en el piso. Adrián es el último. A uno y otro lado, en los asientos, están los servidores públicos, ahora sin cascos. Fuman pito y toman vino en caja, echan la talla y se ríen como quien está de gira de estudios.

Cuando se hace de noche, la micro parte y tras un corto viaje llega a una comisaría. Los policías van sacando, de uno en uno, a los muchachos de la micro. Con todos usan el mismo método: Los agarran del pelo y los obligan a correr, como quien arrea ganado, hacia la comisaría, donde tras atravesar velozmente varios pasillos terminan en un calabozo que huele a pichí. Allí se amontonan unos quince jóvenes.

A palos los obligan a ponerse con las manos en la pared y las piernas abiertas. Luego empiezan a insultarlos y a gritarles groserías.

– Cabros culiaos, ino tienen idea de lo que están haciendo! Como futuro del país, ison una mierda! Futuros diputados, senadores, i una mierda!

– Si no fuera porque están por ahí haciendo desórdenes, ahora yo estaría en mi casa con mi señora y no aquí hueviando con ustedes -dice otro.

Uno de los policías saca una bola de fierro y dice:

– ¡Con estas nos andan tirando, con hondas! Nosotros podemos resistir, ¿pero y si le dan a un cabro chico que anda por la calle? Él no poh, cabros culiaos irresponsables.

Uno de los muchachos responde que los policías estaban disparando, algo totalmente ilegal.

– Si somos atacados, la ley nos faculta a defendernos, ia tiros si es necesario! -grita un paco.

Luego saca el revólver y se los muestra a todos.

\* \* \*

*Estoy enamorado de una modelo argentina. Ella no lo sabe. La descubrí hace tiempo en el cable, viendo un reality. Es hermosa. Después me metí a Internet, puse su nombre en el buscador y bajé algunas fotos (las imprimí y las puse sobre mi cama). No te imaginas todo lo que haría con ella. Es una morena de ojos verdes y unos pechos hermosos. Me derrito. Si me la chupara me daría un infarto. Nos imagino practicando todas las posiciones posibles.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 11.

\* \* \*

Nicolás se va al Centro Cultural de España a entregar un formulario de postulación para irse a estudiar a Barcelona. Su padre había luchado por la Revolución. Él sólo cree en la Emigración.

Sabe que en Estados Unidos el salario promedio por hora es de dieciséis dólares, que en Europa el salario promedio por hora es de 10 euros, y en Chile el salario promedio por hora es de uno coma dos dólares.



También que si se casa con una italiana, puede pedir la ciudadanía a los dos años, y que si viven en Italia, a los seis meses. Es que ser pobre en Europa o Estados Unidos no es lo mismo que en Chilito lindo. En América Latina los humildes están dejados de las manos de Diosito. En el Primer Mundo, Dios está más presente.

A veces, Nicolás sueña con un mundo sin fronteras. Imagina una nueva ley, según la cual para instalarse en Europa basta el pasaporte y una solicitud de número de la Seguridad Social para empezar a trabajar.

\* \* \*

En 2003, treinta años después del golpe militar, el Señor Presidente firmó en nombre de Chile el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos.

Aquello fue todo un símbolo.

Formalmente, el Señor Presidente era socialista, como el doctor Salvador Allende, que había gobernado entre 1970 y 1973. En los setenta, Allende había querido de Estados Unidos un trato de igual a igual, y así se lo dijo al señor Nixon. Éste se enojó y dijo algo bastante irrespetuoso de la madre de Allende. Luego entregó dinero y armas a los opositores del primer gobierno socialista surgido en las urnas en América. Había que defender la democracia, y después de todo, Estados Unidos, un país fundado por esclavistas, era la cuna de la democracia moderna. Esta pequeña diferencia de opinión finalmente se saldó con el bombardeo a La Moneda.

Así que el Señor Presidente había aprendido la lección. En 2003, se puso en cuatro, de cara al piso, para que Estados Unidos se culiara a Chile por detrás, despacio, con condón y vaselina, para que no doliera tanto. Mientras penetraba a Chile, Estados Unidos tiraba unos cuantos dólares al piso, que inmediatamente hicieron bajar el precio de la divisa en los mercados locales y le permitió a los chilenos endeudarse para comprar un televisor a plazos y luego salir a gritar al mundo que eran ciudadanos de un país moderno, el “tigre” que era el ejemplo de Sudamérica.

El Señor Presidente y los socialistas vendieron el alma de Chile.  
Empezó a cotizarse en Wall Street.

\* \* \*

Nicolás entiende por qué los bolcheviques mataron a la familia zarista. Obreros y campesinos acumularon años de explotación, maltratos, cárcel y deportaciones, sólo por pedir turnos de ocho horas y que les pagaran con dinero y no con las fichas que sólo servían para comprar y endeudarse en la tienda que pertenecía al mismo dueño.

A fines de los noventa, Michael Eisner, presidente de Disney, ganaba diez mil dólares por hora. El salario de Nicolás era de 300 dólares por mes, y debía considerarse afortunado. En China, las mujeres trabajaban por 80 centavos de dólar al día, confeccionando ropa que luego se vendía en la Quinta Avenida o en la cuneta a la salida del metro Pajaritos.

Había días en que a Nicolás le daban ganas de matar a los grandes capitalistas, a Murdoch, Berlusconi, (y, por supuesto, a Angelini, a Errázuriz, a Luksic), a ellos y a otros generadores de empleo y desempleo. A veces pensaba que no había otra forma de acabar con ellos que pasándoles por encima. Estaba convencido de que no había otra solución que una revolución violenta. “¿Crees que van a ceder luego de una elección? Ni cagando”, solía decir.

\* \* \*

*Suena el teléfono.*

*– ¿Aló?*

*– Hola poh...*

*Es la mejor amiga de mi esposa.*

*– ¿Cómo estás?, tanto tiempo...*

*– Acá, en la pega ...*

*Hay un silencio.*

*– Tu amiga no está...*

*– ¿Salió?*

*– Sí, pero vuelve en un rato.*

- La llamo después.
- Ya poh.
- Nos vemos.
- Chao.
- Chao.

*Cuelgo. Luego me pongo a pensar en ella. Me encanta. Es alta, tiene unas lindas piernas y un culo redondo, pechos medianos y una cara felina. Sé que se ha acostado con un montón de tipos, que hay algunos con los que se ve de vez en cuando. Trato de imaginarlo: van a su departamento, la desnudan, la penetran. Tengo una erección. Hay muchos que se han metido con la mejor amiga de su mujer. Ganas no me faltan. Pero el costo es demasiado alto. No hagas a otro lo que no te gustaría que te hicieran a ti. Tal vez si me separo...*

*A veces me imagino que nos vemos muchos años después. Ella separada, yo divorciado. La cito en mi casa frente al mar. Nos bañamos desnudos en la playa. En la arena me hace una felación, delicada, juguetona. Me pregunto cómo será haciendo el amor. ¿Tendrá varios orgasmos cortos, uno seguido por otro, o sólo uno, muy trabajado, largo, poderoso? Me pregunto qué cara pondrá al hacer el amor.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 12.

\* \* \*

A veces, especialmente cuando bebe, el padre de Adrián se pone a pensar en el 73.

En septiembre de ese año, era estudiante de Medicina de la Universidad de Chile, miembro del Partido Socialista y estaba en la mitad de su carrera.

Los primeros días posteriores al golpe, el padre de Adrián simplemente esperaba que lo detuvieran, que los militares entraran a la sala de clases, preguntaran por él y se lo llevaran, que lo llamaran por un bando en la radio, que un grupo de señores de civil se presentara en su pequeño departamento de las Torres de San Borja para arrestarlo.

En esos días, el padre de Adrián dejó de hablar, literalmente, con el resto de sus compañeros de estudio. Temía que cayeran detenidos sólo por conversar con él. Al final se retiró de la universidad. La mejor época de su vida había terminado, pero él aún no lo sabía.

\* \* \*

Cuando tras una pausa los pacos sacan las lumas para comenzar una nueva golpiza en el calabozo, uno de los muchachos reclama a viva voz. Dice que legalmente no pueden hacerlo.

Dos policías lo encaran.

– ¿Y vos qué estudiái?

El muchacho mira al frente, y como un prisionero de guerra que reporta su grado militar, dice: “Ingeniería Civil Eléctrica”. Tiene un acento raro. Los pacos le preguntan que por qué habla así y él contesta que ha vivido mucho tiempo en Francia.

– ¡Seguro vos soi hijo de exiliados y por eso te andai metiendo en huevás! ¡Date vuelta, conchetumadre, y no me mirís! -le grita un paco.

De repente entra a la celda otro policía con una bomba molotov en la mano. Pregunta que a quién agarraron con ésta, que dé un paso al frente. Todos se quedan callados. Entonces mira a los ojos a Adrián y le grita que sabe que ha sido él, y lo saca del calabozo. Adrián no entiende qué está pasando. En un rincón aparte lo interroga. Es un oficial y le da un bofetón en la cara. Luego le exige que le dé su dirección y número de teléfono. Le pregunta qué estaba haciendo en la protesta y Adrián le explica que marchaba como el resto de los universitarios, pidiendo que el gob...

– ¡Hasta cuando vai a mentir! -le grita el paco, y lo abofetea de nuevo.

Le dice que lo van a acusar de portar una bomba molotov. Luego lo lleva de vuelta al calabozo. Los otros chicos están en silencio. Antes de cerrar la puerta, uno de los policías les dice que si hablan demasiado fuerte o hacen desórdenes, los van a desnudar y a quitar todas sus pertenencias.

Después de un rato, los cabros se relajan y empiezan a conversar en voz Varios que nunca z baja. Adrián reconoce a un chico que estaba con él en el jeep, que resulta ser un estudiante de Historia. Varios nunca habían estado detenidos, como él. Sólo un chico permanece sentado en silencio en un rincón, abrazándose las rodillas y la cabeza baja.

Están así un buen rato. Tiempo después, uno de los policías abre la ventanilla de la puerta y pregunta si alguno tiene cigarrillos. Uno de los muchachos se acerca y le da uno. El muchacho le pregunta que si se puede fumar y el paco dice que sí, pero que uno solo. El paco mira a Adrián y le pide que se acerque. Adrián lo hace y le pregunta cuando lo van a dejar ir. El paco responde que los van a soltar antes de la medianoche, "pero vos estai en problemas, le vai a tener que explicar a mi teniente el asunto de la bomba molotov".

\* \* \*

*El otro día me encontré en el Metro con mi profesora de Matemáticas del liceo. No es una mujer linda, pero siempre tuve la sensación de que le gustaba tirar. En un paseo al Cajón del Maipo una vez nos dijo: "¡pero si hacer el amor es lo más lindo del mundo!". Ya lo creo. El curso no la quería mucho. Era estricta y sus pruebas eran largas y difíciles. Tenía un marido y dos o tres hijos.*

*Creo que después de un tiempo se divorció. Cuando la vi en el Metro, tenía la mirada perdida. Vestía unos pantalones de cuero pegados al cuerpo, le quedaban bastante bien. Me acerqué y le dije: "¡Profe!". Ella me miró unos segundos, sin reconocermme, y luego me dijo: "Ah... ¿cómo te va?". Le conté que me había recibido. Me felicitó. En la siguiente estación nos despedimos.*

*A veces pienso que no me sorprendería descubrirla en un club de intercambio de parejas. Yo podría aparecer una noche y verla en un rincón. Está en cuatro y un tipo se la mete por detrás, mientras se la chupa a un joven que está frente a ella. Cuando el tipo acaba en su culo, en el mismo momento en*

*que ella tiene su orgasmo, el joven eyacula en su cara. Ella es la mujer más feliz del mundo en ese momento.*

*Pero quiere más.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 13.

\* \* \*

La micro, llena. Suena un celular.

– Aló... ¿Aló?... ¿Quién?, ¿cómo?... tengo problemas para escucharte, ¿podís hablar un poco más fuerte? ¡Que si podís hablar un poco más fuerte! Ahhh... oye, ya llego... estoy llegando... ¿Qué cosa?... perdona, no te escucho bien, estoy muy cerca del motor de la micro... ¡que no te escucho bien!, estoy en la micro. ¡En la micro!, sí. Ya llego, ya voy para allá. ¿Qué? ¿Qué si llevó qué? ¿Aló?, no se escucha bien. ¿Aló?, ¿aló?

En “Usos de la modernidad”, capítulo 1.

\* \* \*

– Oye hueón, ¿supiste que Adrián cayó preso?  
– ¿En serio?  
– Sí, creo que hace dos semanas que está en la Peni.  
– ¿Pero qué hizo, qué pasó?  
– Lo agarraron en una protesta, por estas huevás de la universidad, y le encontraron en la mochila una bomba molotov, y lo acusaron de no sé qué hueá y cagó no más poh.  
– ¿Una molo? Pero si ese hueón no es capaz de esas cosas, es re inofensivo, si no anda en esa onda.  
– Sí poh, pero igual tenía una molo según los pacos, y ahora está preso. La mamá está desesperada, ya no sabe qué hacer.  
– ¿Pero él que dice?  
– Él dice que los pacos le metieron la molotov en la mochila, que sólo andaba con un par de panfletos, pero nada más...  
– Chucha, mansa cagá... ¿y qué va a hacer ahora?  
– Creo que la mamá contrató uno de esos abogados de derechos humanos para sacarlo, uno que aparece en la tele, de barba...

- Ah, creo que sé quien es... ojalá salga luego.
- Eso digo yo, ojalá.
- Pobre huevón... eso le pasa por andar metiéndose en huevós...
- Mmm...
- Además en la Peni es super brígido. Yo una vez fui a ver a un primo que cayó por no pagar la pensión alimenticia y lo vi re asustado, por suerte sólo estuvo unas semanas, hasta que pagó.
- Yo no conozco a nadie que haya estado preso.
- Por ahí podríamos ir a verlo.
- ¿Al Adrián?
- Sí poh.
- ¿Te parece?
- Hay que averiguar el horario de las visitas. Creo que es martes y jueves, a partir de las dos de la tarde.
- Ya poh, vamos... ¿Querís que hablemos con la tía primero?
- Podríamos, para saber donde lo tienen. Yo podría llamarla.
- ¿Tenís el teléfono?
- Me lo puedo conseguir.
- Ya poh, hagamos eso. ¿Cuándo vamos?
- Esta semana estoy medio ocupado, pero la próxima me podría hacer un hueco.
- Genial. Hablemos el domingo.
- Ya poh, yo hablo con la tía y te llamo.
- Listo. Ya poh, hablamos.
- Cuidate.
- Vos también.

\* \* \*

Cuando tenía 17 años, Pablo estuvo en un taller literario del suplemento juvenil "Punto de encuentro" del diario "El Universal". Viajaba dos horas en micro para llegar a la sede del diario, cerca de la precordillera. El encargado del curso era Regret, un autor de moda entonces. Regret se había criado en Estados Unidos y pudo haber sido corredor de bolsa, pero se convirtió en escritor.

Sus personajes siempre tenían dinero, jalaban coca, culeaban con las mansas minas y se iban de gira de estudios a Río de Janeiro. Los poetas resentidos de La Florida, fracasados y sin lectores, lo pelaban diciendo que Regret era un yuppie dedicado a la literatura y que su padre lo mantenía para que escribiera unos lindos cuentitos al estilo norteamericano.

A mediados de los 90, Regret era el ídolo de los escritores jóvenes del suplemento, incluido Pablo. Todos soñaban publicar un libro y salir en los diarios. Ya no importaba escribir, sólo era un medio para alcanzar otra cosa: fama, fortuna, vaginas.

Así que todos los martes, Pablo viajaba al diario, esperando obtener todo eso. Escribió varios cuentos, publicó algunos, y se calentó infructuosamente con algunas compañeras de taller.

\* \* \*

¿Qué pasó luego del fin de la dictadura con Juan, que en los 80 salía a la calle a tirar piedras en la Plaza Italia, que estuvo en 1985 en la toma del Liceo 1 en pleno estado de sitio, que fue a Temuco en 1987 a participar en trabajos voluntarios, que iba a ver a Los Prisioneros en un galpón de San Miguel?

Pobre Juan. La transición lo pilló desprevenido. Fue padre y se casó y se fue a vivir a una casa sin calefacción en el paradero 25 de Vicuña Mackenna. Se mató trabajando en un hospital, dejó de culiar con su mujer, empezó un romance con una alumna, se separó. Se metió a trabajar en el gobierno e hizo suyo el lema de Fernando Henrique Cardoso: "olvidense de todo lo que he escrito". Juan se escapó de Santiago, a estudiar un postgrado a Roma, a seguir un amor a Buenos Aires, a trabajar en una radio comunal en Ancud. Irse, irse, irse. Juan se lanzó a las vías del tren en Maipú, Juan se tiró un piquero de muchos años en un vaso de vino, Juan murió de SIDA o se sumergió en su trabajo de psicólogo en el CAI de Recoleta. A veces Juan hacía una pausa en su vida y se preguntaba: "¿La vida era esto?". Y después de un momento se respondía: "Sí, la vida es esto".

\* \* \*



*Recuerdo que con una polola de la universidad tuve un intercambio de pareja. Ella tenía bastante experiencia. Cuando la conocí y le pregunté con cuantos hombres se había acostado, me dijo que había perdido la cuenta a partir del número 50. Lo hacía con cualquiera, incluso con hombres que no le gustaban, sólo por caridad. Era muy buena en la cama, así que yo no podía dejarla.*

*Un día me contó que había estado con A y B. A era una compañera de oficina y B su pololo. Pasó una noche en su casa y habían hecho el amor los tres.*

*Unas semanas después, mi polola y A vinieron a mi departamento. Conversamos. Bebimos vino. Pusimos la luz baja. Colocamos música suave. Nos metimos en la cama. Luego ellas empezaron a hacer el amor. Después me tocó a mí. Lo hice con mi polola y después con A. Recuerdo que acabé muy pronto, le pedí disculpas y A me respondió: "no te preocupes, yo soy de tiro largo".*

*Una semana después nos juntamos los cuatro. Mi polola había organizado el encuentro. Nos encerramos en aquel cuartucho del centro. Pusimos la radio, cualquier emisora. Bebimos cerveza. Luego B lo empezó a hacer con mi polola, mientras ella decía: "ay, hueón, qué rico...".*

*En cambio, yo fui un fracaso. A me besaba y me tocaba, pero no se me paraba. Fue traumático y bochornoso. No tuve una erección en toda la noche. B, en cambio, terminó de hacerlo con mi polola y luego se tiró a A. Después nos dormimos.*

*Mi polola y yo nos fuimos a mediodía. Yo tenía miedo. Pensaba que no se me iba a parar nunca más.*

"El sexo en Chile", volumen 2, testimonio 14

\* \* \*

Una noche de 1977, el padre de Adrián se quedó hasta tarde en la casa de un amigo en La Reina. Conversaron mucho y se hizo de noche. Por problemas con su mujer, el amigo no pudo darle alojamiento. Debió marcharse cerca de la una de la madrugada.

El toque de queda regía hace ya cuatro años. Estaba prohibido caminar por la calle entre la medianoche y las seis de la mañana.

A veces soñaba con esa noche de 1977: él caminando asustado, en medio de calles vacías y un silencio abrumador. No había micros ni taxis. Sabía que si lo agarraban los pacos o los milicos podía pasar cualquier cosa.

Su departamento de las Torres de San Borja estaba en el centro, a dos horas de distancia. Mientras caminaba, tratando de ir por lo oscuro, por calles pequeñas, anhelaba tener una bicicleta. "Una bicicleta, una bicicleta... ¡mi vida por una bicicleta!". Tenía ganas de mear pero le daba miedo mear. A veces, a lo lejos, escuchaba tiros.

Era muy raro ese momento. Las calles completamente vacías, con la gente encerrada en sus casas, como quien espera un bombardeo inminente.

\* \* \*

En uno de esos talleres literarios, cuando aún era un adolescente, para unas Fiestas Patrias, le pidieron a Pablo hacer una descripción de Chile en una hoja de su cuaderno Torre.

"Los chilenos son un pueblo domesticado, y un pueblo domesticado no puede ser un pueblo feliz.

Chile, un país de esclavos, de entregados, de vendidos, de perdedores, de ahuevonados.

Chile, un país que nunca ganó nada.

Chile, un país perdido en el culo del mundo.

Chile, que pasó de ser un país de poetas a un país de propietarios.

Chile, una mina fea que se arregla, que se hace la difícil y que es mala para la cama".

Pablo guardó mucho tiempo aquel papel. Un día fabricó un avioncito y lo tiró a la basura.

\* \* \*

*Hace algunos años me salió una verruga en el pene. Era un trocito de carne en la punta del glande. La descubrí un día en la ducha. Primero no la pesqué. Después se me instaló la paranoia. Llamé a un primo médico y le dije si podía verlo por un asunto privado. Fui a su casa, me bajé los calzoncillos y le mostré la verruga. “HPV”, me dijo. Me explicó que era un virus muy común, que no puede ser eliminado, y que en momentos de bajas defensas se puede manifestar así. Recordé entonces a una ex polola y las gotas que se aplicaba en los labios vaginales para mitigar las molestias que le causaban. “Te puedo operar, se puede quemar”, me tranquilizó.*

*Un día fui al hospital. En el mostrador, una enfermera de mal humor me pidió el carnet de identidad. Se lo di. “Usted no figura en el sistema”, me dijo. “Va a tener que pagar”. Le respondí que tampoco tenía ISAPRE. Se encogió de hombros. Le hablé de mi primo y le expliqué que tenía que tratarme por una verruga, “HPV”, le dije. Me respondió que podía sacar un turno para la próxima semana y luego me tiró una cifra: treinta lucas. Arreglé una cita. Después fui al banco. Hice el retiro. Me quedaron cinco lucas en la cuenta.*

*El día de la operación... Traté de no mirar cuando mi primo, con una aguja finita y fría, me inyectó la anestesia en el pene, que se adormeció. Luego tomó un aparato parecido a una soldadora, pequeña, y empezó a quemar. Cada vez que tocaba la verruga, sonaba una especie de pitido, mientras un hilito de humo flotaba en el aire. Yo miraba el techo. El cielorraso era blanco.*

*Cuando todo terminó, mi primo dijo que no me masturbara en una semana y que siempre usara condón de ahí en adelante. Dejé pasar la semana. Luego volví a las andanzas.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 16

\* \* \*

En la época de la universidad, Pablo asistió a un taller literario en la Biblioteca Nacional. Era dictado por un escritor que había estado exiliado en Alemania Oriental.

El escritor había sido comunista durante la Unidad Popular. Bajo el gobierno de Allende, cuando ser de izquierda estaba de moda, fue un burócrata cultural. Luego del golpe se había refugiado en Berlín Oriental. El gobierno de Erich Honecker le había dado casa y trabajo, como a todos los chilenos. Hizo un doctorado en la Universidad Humboldt. Se casó con la hija de un alto funcionario de gobierno. Gozó de todos los privilegios. Vivió así quince años.

Luego, en 1989, cayó el Muro. El escritor volvió a Chile. Ya no valía la pena ser comunista, y el escritor se convirtió en un renovado. Era más rentable. Expresó a los cuatro vientos su arrepentimiento. Condenó el socialismo. Su obra cúlmine fue un libro sobre un chileno que vivía en Berlín Oriental, donde describía el país como un lugar oscuro y totalitario.

Aparte de esta faceta, era como el resto de los escritores. Trataba de decir frases inteligentes todo el tiempo. Usaba barba y se tomaba la vida demasiado en serio. No se desembarazaba de su papel de escritor ni siquiera para ir al baño.

\* \* \*

En los trámites para sacar su pasaporte italiano, Roberto viaja a Buenos Aires, a buscar la partida de nacimiento de su abuelo. Un viernes por la noche, con María, una chica española de Valencia que ha conocido en el hostel, y con la cual ha pasado hablando y paseando toda la tarde por la ciudad, van a una milonga. Queda en el Instituto Armenio, en el barrio de Palermo. La pista de baile está en un subsuelo.

Allí hay una clase de tango. Primero los profesores hacen una exhibición. Son cuatro parejas. Bailan en ronda una larga canción de Gotan Project (en aquella época está de moda el tango electrónico). El mejor de los bailarines es un cincuentón de corbata. Roberto lo mira y piensa que se ha acostado con la mitad de sus alumnas. Entre las mujeres se destaca una rubia impresionante, absolutamente hermosa. Tiene cara de ser muy apasionada en la cama.

Cuando terminan, el cincuentón se presenta a sí mismo y al resto del equipo de danzarines, y después divide al público en principiantes, nivel intermedio y avanzado. Roberto y María se van con los principiantes. Aprenden un paso básico y se divierten. Pronto finaliza la clase y empieza el baile propiamente tal.

A aquel lugar van muchos hombres solos, en busca de muchas mujeres solas. La tensión de la caza y la exhibición se siente en el aire. A Roberto le recuerda a la ansiedad, una sensación que había sido frecuente en su adolescencia y de la cual no guardaba recuerdos demasiado gratos.

Al día siguiente, Roberto y María se despiden. Él le dice que se va a Uruguay y luego vuelve a Chile, pero que tal vez viaje a Europa el año próximo. Ella le anota su mail en un papel. Le dice que si va a Suecia, donde ella está de beca Erasmus, lo puede pasar a ver.

\* \* \*

Después de hacer el amor, Nicolás le cuenta a Pamela de una entrevista que hizo en la Penitenciaría a un cabro universitario, detenido hace más de dos meses en una protesta y acusado falsamente de portar una bomba molotov.

“Me contó que estaba en una protesta y lo agarraron los pacos. Andaba con los volantes de un amigo, pero ellos le inventaron que además llevaba una bomba molotov. Lo metieron en cana y lo acusaron de maltrato de obra de Carabineros. Su caso está en la justicia militar. La mamá contactó a gente del Codepu y ellos le pusieron un abogado, con quien hablé la semana pasada. Él me dijo que le podría haber tocado a cualquiera, pero que los pacos querían dar el ejemplo, escarmentar un poco, infundir miedo, y por eso lo agarraron con él. Es la palabra de los pacos contra la palabra de Adrián, así se llama este loco, y el juez, un milico, le cree a los pacos, obvio. El abogado me dijo que podría sacarlo, pero que iba a demorar un tiempo, un par de meses. Me dijo que al cabro le favorece no haber estado preso antes, tener buenas notas. Y hoy fui a verlo a la Peni... Le pregunté si militaba en algún grupo, me dijo que no. Eso también lo ha

perjudicado, porque si no tendría un respaldo extra. Me contó que sólo lo visitaban su madre y su polola. Cuando me despedí, me dijo: 'que te vaya bien'. No me pidió nada".

\* \* \*

Roberto está en Arica, es mediodía, hay sol, y está a punto de tomar un colectivo que lo llevará a Tacna.

En un kiosco se compra un cigarrillo y fuma sentado en el banco de un parque, con su mochila entre las piernas. Suspira. Finalmente va a hacer el viaje que siempre soñó, después de todo aquel esfuerzo. Durante los últimos dos años trabajó día y noche como un burro en aquella oficina de importaciones y exportaciones para juntar el dinero necesario. Le dio mucho gusto renunciar.

Saca su pasaporte italiano, lo abre, lo hojea, mira su foto. Está limpio, aún no tiene ningún timbre. Recuerda las filas interminables que le tocó hacer para obtenerlo, los documentos, los sellos, las traducciones, las legalizaciones.

Antes de irse, Pablo, un amigo aspirante a escritor y eterno trabajador de call center, organizó una fiesta de despedida. Invitó a sus amigos, brindaron, se abrazaron. Le preguntaron si iba a volver y él no supo qué responderles. Se durmió a las siete de la mañana.

– ¿Vamos joven? -le pregunta el chofer del colectivo.

– Ya.

Entonces Roberto se pone de pie, tira la colilla en un basurero, camina hacia el paradero, mete la mochila en el maletero y se sube al auto.

\* \* \*

Un jueves, los dos amigos de Adrián van a la Penitenciaría. Primero se juntan en el Metro Rondizzoni. De allí se van caminando. Cruzan el puente de la autopista. Frente a la cárcel, en un kiosco, les guardan por cien pesos las llaves y otros objetos que no se pueden ingresar. Luego hacen una cola larga, afuera de la prisión. Hay casi puras mujeres. Ahí están las madres,

hermanas y esposas de los presos, gente humilde que viene de la periferia a ver a sus familiares. Para algunas es casi un rito, una costumbre. Traen canastos y bolsos con ropita limpia y comida para los suyos.

En la entrada dividen a hombres y mujeres. Allí los amigos de Adrián deben dejar su carnet de identidad y en la mano les estampan un sello de tinta azul. Luego atraviesan largos pasillos hasta llegar a un gimnasio techado, donde se encuentra Adrián.

Lo encuentran demacrado, aunque bien de salud. Se sorprende de verlos, como si no hubiera creído que vendrían, a pesar de que ellos le han avisado con antelación de su visita. Durante el encuentro mantiene un aire ausente. A veces hay un silencio incómodo. Los tres se conocen desde la época del colegio, pero parece haber transcurrido mucho tiempo desde entonces.

Adrián les pregunta por sus familias y pololas. De vez en cuando se muerde las uñas. El lugar está atestado de gente. Hay un murmullo incesante. Algunos niños corren de un lado a otro. El gimnasio tiene unos muros muy altos, lisos, de tres metros, y al final, bien arriba, un vallado eléctrico. Desde una torre los observa un guardia con una metralleta.

Cuando le preguntan cómo está, Adrián responde que bien, dentro de todo. Dice que la comida es mala. Habla de sus compañeros de celda: un joven estafador que no llega a los cuarenta y un alemán preso por tráfico de drogas. El estafador los saluda en un momento, parece un tipo afable y educado. Es moreno, con una barba de tres días, y parece animado. El alemán, en cambio, apenas balbucea el español.

Muy pronto a los amigos de Adrián se les instala en el cuerpo una sensación de intranquilidad. Uno de ellos imagina un motín, con ellos atrapados entre los presos. Se desespera al notar que los guardias que caminan entre la gente no portan armas. Pronto le invade una sensación de claustrofobia. Cuando se despiden, se desean suerte. Adrián no pregunta si van a volver a visitarlo. Ellos tampoco prometen venir nuevamente.

\* \* \*

Una noche de 1978 ó 1979, cuando el padre de Adrián trabajaba como paramédico en el hospital Barros Luco, ingresó un hombre muy herido a la guardia. Vestía traje y corbata y tenía el rostro desfigurado a golpes. Trataba de hablar, pero no se le entendía nada, y tiritaba entero. El padre de Adrián lo examinó. Por su aspecto no le pareció un delincuente.

Después de un rato llegaron cuatro detectives. Preguntaron si había ingresado un hombre herido aquella noche. Los llevaron a la sala. El padre de Adrián intentó discutir con ellos, pero uno de los policías fue muy cortante y le dijo: “esto no es asunto tuyo”. El hombre estaba aterrorizado, pero igual se lo llevaron, en medio de gritos ahogados. Nunca más volvió a saber de él.

Algunas noches, el padre de Adrián sueña con una oscuridad total. De fondo, muy lejos, resuenan los gritos de aquel hombre.

\* \* \*

A veces, en los días de invierno, en una micro repleta de gente, parada bajo la lluvia en la calle Bandera, Nicolás piensa en Huasco.

De adolescente pasó allí todas sus vacaciones de verano. Es un puerto pequeño, en el norte de Chile, en pleno desierto, que da al Pacífico, muy cerca de Vallenar.

Nicolás subía al cementerio a fumar yerba junto a la tumba de su abuelo, y desde allí miraba el mar.

Nicolás caminaba, solo, por la playa interminable. Cuando no veía a nadie, se desnudaba y se metía al agua. Gritaba, reía, lloraba, pero nadie lo escuchaba.

Nicolás se iba a la población Endesa, a jugar un partido de babyfútbol con sus primos, en medio del bosque de eucaliptos.

Nicolás visitaba a su tío, el del puesto de diarios, hablaba un poco de política y le pedía un cigarro.

Nicolás se perdía con una chiquilla en las plantaciones de aceitunas, cerca del río.

Nicolás se acostaba en el techo de la casa de un amigo y dejaba que las estrellas se le cayeran encima.

\* \* \*



Tres meses después de caer preso, el juez militar finalmente se apiada de Adrián y le da la libertad condicional. Va a tener que firmar una vez por semana en la fiscalía mientras continúa el juicio.

La madre de Adrián y su polola lo esperan afuera de la Penitenciaría. Los tres se abrazan durante largo rato. Luego se van al paradero. Adrián está mudo. La madre tiene los ojos hinchados y solloza mientras la micro va por Vicuña Mackenna. La polola le acaricia la cabeza y le dice que ya pasó.

En su casa habla por teléfono con su padre, de turno en el hospital. Son las cuatro de la tarde. Se mete en su cama y se queda dormido.

\* \* \*

En la plaza de Cuzco, Roberto escucha conversar a su lado a dos chilenos. Visten orgullosos la camiseta de la "Roja", una selección que, por lo que recuerda Roberto, nunca ha ganado nada, ni siquiera un Copa América. Se quejan de la suciedad y la pobreza, hablan de lo cuática que es la comida peruana y reivindican los completos del Dominó del Paseo Ahumada como los mejores del mundo. Luego pelan a unas mochileras suecas y las tratan de putas.

De repente uno de ellos mira a Roberto. "¿Soi de acá voh?". Él le responde que no, que también es chileno. El otro lo mira de reojo y entonces le pregunta dónde vive en Chile. En Santiago, sí, pero, ¿en qué comuna? Cerca del Estadio Nacional. El chileno parece decepcionado. "¿Y qué hacis?". Roberto le dice que está de viaje.

\* \* \*

A veces, Pablo se preocupa por el futuro. No quiere terminar como aquel escritor nortino trotamundos, que publicó en los 60 y 70 en editoriales que fueron barridas primero por los milicos y luego por el mercado, un escritor que siempre fue pobre y para quien no había espacio en el Chile endeudado e ignorante de principios de los noventa, cuando volvió del exilio. En ese mo-

mento, a los cincuenta, el escritor nortino trotamundos empezó a quedarse ciego. Vivía solo frente al mar, en un balneario que estaba vacío aquel otoño. Ninguna de las mujeres que había amado estaba allí con él ahora. Había dejado de ser joven hace mucho tiempo, no recordaba cuando.

Aquel jueves fue a vender su máquina de escribir para poder comprar un kilo de pan. Se ahorcó en el living, con el billete de luca que le dieron en el bolsillo.

\* \* \*

Una noche de sábado, Adrián bebe cerveza con unos amigos en el parque. Están sentados en el pasto. Discuten de fútbol. Adrián nunca habla de su época en la Peni. Ellos tampoco preguntan.

De repente ven una patrulla, que se estaciona en una esquina del parque. Se bajan dos policías con linternas. Adrián y sus amigos derraman el alcohol en el pasto porque en Chile beber en la vía pública es un delito y no quieren problemas. El alcohol moja la hierba y se hunde en la tierra.

Los policías van hasta ellos y les dicen que se queden sentados. Les iluminan la cara y luego les piden los documentos. Dictan sus números de identidad por radio. Luego les devuelven los carnet a todos, excepto a Adrián. Uno de los policías le da una patada en la costilla y luego le dice “perdón”. Después lo obligan a pararse y a ir con ellos. Cuando pregunta por qué, le contestan que tienen que verificar “algunos antecedentes”. Los amigos de Adrián se quedan mudos, mirando el pasto. Lo esposan y lo suben a la patrulla. Lo obligan a acostarse en la parte de atrás, boca abajo, y uno de los pacos se le sienta en la espalda.

El trayecto hacia la comisaría es lento, muy lento, como un paseo, mientras el paco que está sentado encima de Adrián lo acaricia con la luma en las piernas, en la cabeza, y hace el ademán de metérsela en el culo. En la comisaría lo esposan a una columna en el pasillo, frente a una pared en la cual un afiche enumera los derechos del detenido. Sólo le pegan de tres a cuatro de la mañana. Tienen la gentileza de antes ponerle toallas mojadas para no dejar huellas.

Después, por la mañana, le devuelven el carnet y le anuncian que se puede ir. Luego le hacen firmar un papel donde dice que no ha sido maltratado. Adrián firma, no dice nada y se va.

\* \* \*

Roberto, derrumbado en la cocina de ese hostel de mala muerte, en Baños, Ecuador. Se acaba de caer, aquella escocesa que recién conoció le sostiene la mano y le pregunta si se siente bien, si necesita un vaso de agua. Le han cedido las piernas, tiene un dolor punzante en el pecho, pero no se ha desmayado, aún está consciente. Él lo único que le pide es que no le suelte la mano. Ella está asustada, tiene la mirada de un cervatillo. No debe tener más de veinte años. Recién le estaba contando que con su novio han volado desde Edimburgo hasta Nueva York, han arrendado un coche para viajar hasta Los Angeles, y de allí bajado, a dedo y en bus, por Centroamérica, hasta Ecuador. Es raro que digas “bajar”, susurra Roberto con la voz entrecortada, en el piso, mientras ella está a su lado, tomándole la mano, ambos palidísimos. ¿Por qué?, pregunta ella. Porque la Tierra no tiene arriba y abajo, porque en el espacio no hay arriba y abajo, dice Roberto. Eso del norte y del sur lo inventamos nosotros, son convenciones. Tienes razón, admite ella. Pasan unos minutos en silencio, afuera los grillos, los autos, la brisa suave. ¿Ya te sientes mejor? Sí, sólo no me sueltes. Luego agrega: discúlpame, no quería incomodarte. Tienes las manos heladas, dice ella. Roberto escucha música de fondo, risas, y percibe que una sombra -un hombre- entra en la cocina, preguntando qué pasó en inglés, antes de que se le nuble la vista por completo.

\* \* \*

Adrián, otro sábado por la noche, completamente borracho, junto a su polola, manejando el auto camino a la casa de ella. Son las cuatro de la mañana. No hay nadie en la calle. Él va a 120 kilómetros por hora, por la avenida Macul, se salta los semáforos. Su polola le grita: “Adrián, ilos semáforos!, ilos semáforos!”. Y él le responde: “mi amor, ison colores, son colores!”

\* \* \*

A veces, cuando estaba solo en su habitación, sobre todo algunos domingos por la tarde, durante la siesta, el padre de Adrián soñaba con Tito, su mejor amigo de la época de la universidad, cuando ambos militaban en el Partido Socialista.

Tito estaba recién casado cuando ocurrió el golpe militar de 1973. El 11 de septiembre, luego de escuchar junto a su mujer el discurso de Allende en su departamento de calle San Diego, un vecino, miembro del partido, le dijo que había que asilarse. Tito se lo contó a su mujer. Ella, una joven de Vallendar, proveniente de una familia de comerciantes de derecha, que no votaba y se había casado con él hace muy poco, le preguntó que qué significaba esa palabra.

Mientras se lo explicaba, Tito pensó en sus amigos extranjeros (montoneros argentinos, tupamaros uruguayos, elenos colombianos).

Luego le dijo a su mujer que si quería podía quedarse, que no iba a tener problemas, pero que él estaba quemado y tendría que irse. Ella no dudó un instante en acompañarlo, lo amaba y creía en el matrimonio para toda la vida.

No hicieron maletas. Esperaron hasta el 14 de septiembre, cuando levantarán por unas horas el toque de queda, se fueron hasta la embajada de México y entraron caminando. Él tenía 29 años, ella 24. Atrás quedaron los discos, los libros, los cuadernos de la universidad, los afiches de la UP, las fotos que él tomaba como aficionado, las pinturas de ella.

Tuvieron suerte. Al día siguiente, los milicos rompieron la puerta del departamento y se robaron todo lo que pudieron.

Una semana después lograron salir del país. No alcanzaron a avisarle a nadie.

En aquellos días, la suegra de Tito los buscó intensamente. Como muchas madres, fue al Estadio Nacional, a la morgue, a los hospitales. Incluso preguntó por ellos en una casa de Jardín Alto, donde estaban escondidos varios comunistas. Tuvo insomnio.

Un mes después recibió una carta enviada desde la oficina postal de Iztapalapa, Ciudad de México.

\* \* \*

Si Bill Clinton fue el mejor presidente de los republicanos en la historia de Estados Unidos, el Señor Presidente defendió a rajatabla los privilegios de la oligarquía chilena, parásita y sanguinaria como pocas.

Muchos años antes de su mandato, durante la campaña para el plebiscito del 88, él había dicho: “no sé si las cosas van a cambiar, pero al menos podemos soñar con que lo harán”. Luego de asumir su cargo, doce años después de aquella frase, cumplió con su palabra: las cosas no cambiaron, pero mientras la oligarquía seguía llenándose los bolsillos, quedándose incluso con los aportes jubilatorios de los trabajadores para financiar sus vacaciones en Key Biscayne y especular en Wall Street, al menos los inquilinos podían seguir soñando.

El Señor Presidente presionó al juez Guzmán para que no molestara al anciano Pinochet, un militar asesino y ladrón por excelencia, y de paso indultó a uno de los homicidas de Tucapel Jiménez, aquel sindicalista degollado en la mejor época de Don Francisco.

En algún momento, el Señor Presidente tuvo la idea de crear una comisión investigadora sobre las torturas ocurridas durante el honorable régimen cívico-militar. La comisión habló con treinta mil personas y determinó que la tortura había sido una política de estado. Pero eso no importaba. Igual el Señor Presidente impidió dar a conocer los nombres de los torturadores. Quería zanjar el asunto con cien luquitas para cada afectado, había que mirar para adelante, y dejar atrás el pasado, ¿no ve?

Cuando terminó su período, no fueron los trabajadores quienes dijeron: “los obreros amamos al Señor Presidente”. Fue el jefe de los generadores de riqueza y empleo el que dijo: “los empresarios amamos al Señor Presidente”.

Nicolás, claro está, piensa que el Señor Presidente es un traidor. Cree que el día que hagan la Revolución, el Señor Presidente va a ser el primero en ser ahorcado, de manera pública, en la Plaza de Armas de Santiago de Chile. Y nadie moverá un dedo índice por él.

\* \* \*

En uno de esos talleres literarios de los 90, en La Reina, Pablo conoció al poeta.

El poeta era mayor que Pablo, en aquel entonces un adolescente. Venía del sur y tenía una voz lánguida, parecía querer imitar a Neruda cuando en realidad no lo pretendía en absoluto (era demasiado humilde para eso). Había estudiado Literatura en Concepción en la época de los milicos, sin terminar la carrera, y tras la llegada de la democracia se había ido a vivir a Santiago.

Un día el poeta invitó a Pablo a la pieza donde vivía, en la calle Mapocho. La habitación estaba en una casa vieja, tenía unos muros enormes, y en el invierno hacía un frío terrible.

Aquella vez, el poeta preparó un té para ambos en la cocina que compartían los pensionistas (el poeta debió acercar su propio balón de gas para encender la cocina, cada pensionista tenía el suyo), mientras le contaba de su trabajo en el persa de San Pablo, donde atendía un puesto de muebles viejos.

Luego tomaron el té en la pieza del poeta, mientras escuchaban música clásica. El poeta leyó algunos versos, y Pablo hizo lo mismo con algunos suyos. Después de un tiempo se hizo silencio.

Entonces, de sopetón, el poeta le preguntó a Pablo si le gustaría viajar en el tiempo. El poeta le aseguró que él conocía una forma de hacerlo, y quiso saber si Pablo estaba dispuesto a acompañarlo en su próxima excursión. Pablo le preguntó cuál era su destino y el poeta quiso saber si se refería a su viaje o a su vida. Pablo naturalmente se refería a su viaje. El poeta le aseguró que se trataba de visitar a un amigo suyo que vivía en el siglo XVIII en un bosque cercano a Lorient, en la Bretaña francesa. Pablo le respondió que lo pensaría. Luego le dijo que debía irse. El poeta lo acompañó al paradero de micro. Para el viaje le dio unos poemas mecanografiados que pretendía publicar próximamente en una revista universitaria.

\* \* \*

Una tarde, mientras Pinochet toma té en Londres, Nicolás se va a cubrir un evento a la Escuela de Carabineros.

Es un acto de graduación de nuevos policías: futuras tortugas ninjas motorizadas, listas para aterrorizar a jóvenes hiphoperos que tranquilamente toman cerveza en una esquina de la Huamachuco, futuros pacos culiaos encargados de apalear a universitarios desarmados en la esquina de Ecuador y Bernal del Mercado, futuros integrantes de la comisión civil que morirán baleados en una estación de bencina en el paradero 8 de Vicuña Mackenna en la inútil guerra contra las drogas.

Es raro, pero a pesar de estar rodeado de policías, Nicolás está tranquilo. El fotógrafo del diario registra el momento en que aquel huasito sureño recibe su sable de manos de la señora ministra.

Uno, veinte, cincuenta huasitos.

Luego los invitan a un cóctel. Súbitamente aparece el señor general. El señor general, que es ahora senador institucional gracias a una Constitución que nadie votó, les habla de Pinochet. Les dice que ya pronto va a estar libre, porque ahora sólo lo pueden acusar de torturas ocurridas después de 1988, y “es imposible de que mi general estuviera al tanto” de los torturados en las comisarías de Ancud, los torturados en las comisarías de Valdivia, los torturados en las comisarías de Lo Prado después de 1988.

Al principio nadie dice nada. Los periodistas celebran la broma como las gracias de un niño de tres años.

Nicolás entonces se atreve a preguntar si acaso la tortura no era una política sistemática en la época del Pinochet. Los otros periodistas lo miran con terror, con recelo, con incomodidad, y le sonríen al señor general, ahora senador institucional, por esta salida de protocolo impertinente del joven periodista. Hay un silencio que el señor general no tarda en romper para responderle al mocosito imberbe: “Carabineros es la institución que más hace por los derechos humanos, con más de veinte mil procedimientos diarios”.

Los otros periodistas aplauden. Nicolás se queda en silencio. Le dan ganas de preguntar si aquellos profesores degollados en 1985 también eran un procedimiento carabineril, pero se calla.

\* \* \*

“Chile, un buen lugar para hacer negocios, para venderse y arrendarse, para emborracharse y drogarse tratando de olvidar esta realidad tan charcha, un buen lugar para ser traicionado por el mejor amigo, quien se acuesta con mi mujer, un buen lugar para ser torturado, despellejado, violado, golpeado y tirado al mar por haber tratado de cambiar el fundo y la vida de los inquilinos, un buen lugar para luego ser olvidado, un buen lugar para irse a la mierda”, escribe Pablo.

\* \* \*

A fines de los noventa, en el diario, Nicolás admira al Gato, claro. El Gato no es su ídolo, pero sí es un referente, alguien a quien Nicolás sueña con imitar.

¿Quién es el Gato? ¿Aquel estudiante de Derecho detenido en 1973 en Valparaíso? ¿Aquel joven preso durante dos años en la Isla Quiriquina que no pudo asistir al nacimiento de su hija? ¿Aquel chileno expulsado a Alemania tras salir de la cárcel? ¿Aquel sudaca que estudiaba Periodismo en Berlín?

Nicolás no lo sabe. Lo que sí sabe es que el Gato es un busquilla capaz de llamar 36 veces a un ex general para preguntarle por aquel incidente ocurrido en el norte de Chile durante el paso de una caravana militar, inmediatamente después del golpe de Estado.

Todos recordaban aquel episodio. El Gato había escrito una nota sobre este ex general que finalmente accedió a hablar, y se la presentó al editor, que movió nervioso su bigote y se la pasó al director. El director era un timorato demócratacristiano que en plena transición le tenía terror a los milicos y se negó a publicar la nota porque, según dijo, no había que causarle problemas gratuitos al gobierno, que ya tenía suficientes. El Gato luchó y



luchó, pero el director dio su brazo a torcer frente a sus miedos, no frente al Gato.

El Gato propuso, entonces, como solución intermedia, publicar la nota en un diario de Buenos Aires, un diario izquierdista, donde el Gato tenía un amigo, y luego citar esa nota en su propio diario, siempre haciendo referencia al medio argentino.

Y el director, timorato pero generoso, aceptó.

Luego, tiempo después, el Gato le pidió al director una licencia para escribir un libro sobre aquella caravana militar.

\* \* \*

*A veces me pregunto hasta cuando seré esclavo del sexo. Hasta cuando me masturbaré de forma compulsiva.*

*Hay días en que salgo a la calle y digo: "¡las quiero fecundar a todas!". Después miro un poco y me arrepiento: a todas, no. A ti sí, a tí, ni cagando.*

*Luego saco la cuenta de con cuantas mujeres podría tener sexo en mi vida: si estuviera 20 minutos con cada una, y dedicara ocho horas diarias a ellas, todas diferentes, serían dos por hora (con 20 minutos de descanso entremedio), 16 por día, unas 480 por año, unas 24.000 en mi vida. Es decir, 23.990 más de las que he tenido hasta ahora, que tengo 30 años.*

*Pienso en Julio Iglesias, que ha asegurado haber hecho el amor con más de 3.500 mujeres en su vida.*

*Los hombres producimos semen, el mundo produce mujeres. Somos la combinación perfecta, digo.*

"El sexo en Chile", volumen 2, testimonio 15

\* \* \*

Después de trabajar, después de terminar hecho mierda, Juan se iba al Liguria.

Era raro, parecía que el Liguria era el único bar que había en aquel momento en Santiago. La gente iba al Liguria, y como la gente no era mucha en Santiago, y el Liguria era grande, cabían todos.

En el Liguria, Juan se emborrachaba. Ese día, en el trabajo, en su calidad de jefe, a Juan le había tocado echar personalmente a un ex compañero de liceo. Ese día, Juan se había enterado de que una mujer que no amaba esperaba un hijo suyo, o que el hijo que esperaba la mujer que amaba no era suyo. Ese día, Juan supo que su mejor amigo de la universidad había muerto de sida.

Por la madrugada, cuando estaba completamente borracho, trataba de olvidar. Trabajando trataba de olvidar, bebiendo trataba de olvidar, tirando trataba de olvidar. ¿Olvidar qué? Aquella realidad tan charcha, tan penca, tan como las huevas, claro.

\* \* \*

El Hombre Fantástico VI sabía, sólo las noches de los sábados, los resultados del partido de Colo-Colo del día siguiente.

A veces estaba sentado un sábado por la noche en el Parque Forestal, tomando cerveza con el Zorro y sus amigos punks de Plaza Italia, y les decía que al otro día Colo-Colo iba a perder con Huachipato por 2-1, pero ellos no le hacían demasiado caso. El domingo, efectivamente el Indio perdía por 2-1.

Otro sábado, con un pito en el cuerpo, se ponía a delirarle a la cajera pelirroja del Metro de la estación Cal y Canto. Ella pensaba que él intentaba seducirla, pero no era así: él sólo le vaticinaba una victoria de Colo-Colo por 5-1 contra Universidad de Chile, en el Estadio Nacional. Ella, chuncha a morir, no le creía, y llamaba al encargado de seguridad, colocolino de corazón, para sacarse de encima a ese hombre tan molesto. Al otro día, la radio hacía saltar cinco veces de su asiento a aquel guardia.

Cuando estaba en casa, sin saber qué hacer un sábado por la noche, y lo llamaba un amigo para pedirle dinero, él soltaba la misma cantaleta: que Colo-Colo empataba ese domingo con la Unión Española por 2-2, en honor a la paz de Arauco. Pero el amigo no lo pescaba, porque necesitaba la plata para irse a Italia.

Aquel domingo...

\* \* \*

Juan acostaba a su hijo, discutía un poco con su mujer para no perder la costumbre, salía al patio a fumarse un cigarrillo y se preguntaba: “¿por esta huevá nos sacamos la chucha en dictadura?”.

“¿Llegó la alegría?”. Habrá llegado y no me di cuenta, pensaba Juan. La alegría llegó, saludó brevemente a los presentes y siguió rumbo a otros países del mundo. La alegría llegó a Chile, pero se sintió incómoda en el departamento social de 40 metros cuadrados para ocho personas que le prepararon, se sintió atropellada esa noche colgando en la pisadera de la micro, de vuelta a casa, se sintió estafada al ver entrando a Pinochet al Congreso, en calidad de senador, vestido con su mejor traje. A veces, cuando Juan tenía unos instantes de lucidez, se sentía engañado y, muy de vez en cuando, traicionado. Luego se iba a dormir. Tenía que trabajar al otro día.

\* \* \*

A veces, los inquilinos se acordaban de que tenían vida, y salían a protestar por las calles del centro de Santiago.

Entonces el gobierno socialista, que ellos habían elegido, mandaba a la calle a los mismos pacos de la dictadura, para que pusieran orden como Dios manda.

Los inquilinos rompían algunas vitrinas, uno que otro teléfono público, y de vez en cuando zanjaban alguna diferencia de opinión con el paco de turno mediante un combo en el hocico.

Dos veces al año, el sistema abría un poco la válvula para que los inquilinos se descargaran: el 11 de septiembre, último día del Espartaco chileno (más conocido como Allende, y traicionado como aquel), y el 29 de marzo, Día del Borracho Peñasquero, como lo llamaba un estudiante de historia que Juan conocía de la época de la U.

Después, los inquilinos se calmaban, y regresaban a sus casas. (Algunos regresaban a la cárcel). Es que, al final, eran aletazos de ahogado, porque al otro día había que trabajar igual no más poh.

\* \* \*

¿Cómo cantar el himno nacional, el mismo que obligaban a entonar a los prisioneros de Pisagua en 1974?

¿Cómo ir al Estadio Nacional y alentar a la selección, el mismo Estadio donde me torturaron, me pegaron, donde me hicieron mierda aquel octubre, la peor primavera de mi vida?

¿Cómo darle la mano al milico, que aprende cómo me tiene que matar mañana en caso de emergencia?

¿Cómo comprar ese diario, el mismo que denunció por comunista a aquel poeta que se suicidó muchos años después, sin trabajo, sin mujer, chupado por el vacío y la justicia en la medida de lo posible?

¿Cómo caminar por esa calle que fue testigo de esa ratonera de octubre del 76 (alguien torturó, alguien habló, alguien cayó, alguien murió), igual que antes lo fue de ese beso adolescente, ingenuo, feliz, de la noche del 4 de septiembre de 1970?

\* \* \*

Una noche, en casa de su polola, Adrián se despierta en medio de gritos y llanto.

Después pasan algunos días. Otra noche, lo mismo: Adrián con los ojos desorbitados, llenos de lágrimas, arrinconado contra una pared, gritando como un niño, sin reconocer a su madre.

Un siquiatra le receta unas pastillas y Adrián se hace adicto al alprazolam.

Otro día se olvida de las pastillas, agarra el auto y sube hasta un mirador de La Florida, en el paradero 20, donde las parejas van a hacer el amor. Se lleva una botella de pisco y toma hasta quedarse dormido al volante.

\* \* \*

– Hola, huevón, ¿cómo estás?

– Bien poh, ¿y tú?, tanto tiempo.

– Bien, compadrito, trabajando, dándole.

– Hay que puro darle, no queda otra.

– No poh.

– ¿Tu familia, bien?

- Bien, mi taita estuvo medio enfermo, pero ya se está recuperando.
- ¿Qué le pasó?
- Nada, le sacaron un tumor, pero al final era benigno.
- Qué bueno.
- Sí, se asustó caleta, pero ya pasó.
- Ya...
- Oye, ¿qué hai sabido del Adrián?
- Chucha, no mucho...
- ¿No lo volviste a ver después de cuando fuimos a la Peni?, porque escuché que salió.
- Sí poh, en el cumple de la Carola estuvo, ahí nos tomamos unas chelitas...
- Yo no lo vi más.
- Lo vi medio cagado eso sí, parece que algo le pasó en la Peni.
- ¿En serio?
- Si poh, algo que no ha querido contar, tu sabís como es el Adrián...
- Sí poh, pero antes no era así...
- Es que cambió mucho después de la cárcel.
- Me imagino, cualquiera...
- Sí, ha estado medio cagado, creo que hasta se peleó con la polola, y eso que eran super yuntas.
- Llevan cualquier tiempo...
- Sí, pero ahora ya no andan bien... él está siempre con pastillas, toma caleta, creo que incluso dejó la U...
- Eso sí sabía, tengo un amigo que era compañero de él y dice que no volvió más a clases...
- Sí... me contaron que está todo el día en la casa, mirando el techo...
- Chucha...
- Sí, muy mala. Ojalá se reponga.
- Ojalá.
- Bueno compadrito, estamos hablando, me tengo que ir.

- Ya poh... cuídese.
- Nos vemos.

\* \* \*

Un día, Nicolás habla con su editor y le dice que va a necesitar un mes libre para hacer su tesis, porque no le queda tiempo después de la pega y que trabajando los fines de semana, menos todavía. El editor le dice que bueno, pero le pide que consiga un sustituto por el tiempo que él no esté.

Nicolás habla con un conocido suyo, sureño, egresado de una universidad privada, que se había quedado sin pega, y le pregunta si lo puede reemplazar por un mes en el diario. El otro le dice que claro, y un día Nicolás lo lleva al diario y le presenta a su jefe. La semana siguiente, el chico empieza a trabajar.

Nicolás dedica ese mes de invierno a concentrarse en su tesis, que versa sobre los chilenos exiliados en Alemania. Aprovecha los días al máximo. Hace sus entrevistas en distintos puntos de Santiago, va al archivo de la Biblioteca Nacional, a la Vicaría de la Solidaridad, escribe durante muchas noches. Cuando por fin la tiene lista, la imprime a escondidas en una oficina municipal donde trabajaba un tío suyo, y luego saca dos fotocopias en su lugar de siempre de la universidad. Cuando aquel viernes se la entrega a la secretaria de la Escuela, se siente aliviado.

El lunes siguiente, Nicolás se va como siempre al diario, para comenzar a trabajar de nuevo tras un mes de ausencia. En la redacción nota un ambiente raro, nadie lo pesca. El editor lo recibe con cara tensa. Lo llama aparte y entonces le dice que en el diario están muy contentos con el nuevo reemplazante, y que por desgracia él no va a poder seguir “colaborando”.

Nicolás cree que la tierra se va a abrir bajo los pies. Tiene ganas de desaparecer, de evaporarse, se siente la peor mierda del mundo, pero no dice nada. Baja la cabeza, agarra sus cosas del escritorio – su reemplazante no está, es muy eficiente, ya ha salido a hacer una nota – las mete en su mochila y se va a la pensión, preguntándose qué va a hacer de ahí en adelante.

Por la noche, en su pieza, mientras él tiene la cabeza en su regazo, Pamela le dice que no se preocupe, que de alguna forma se las van a arreglar.

\* \* \*

Un viernes, Roberto llega a Ibagué. Hace mucho calor. Es una ciudad en el centro de Colombia. Roberto ha llegado a Colombia desde Quito, pasando por el puente Rumichaca hasta Ipiales, se ha quedado en Cali, en Pereira, y ahora está en Ibagué.

Allí, en el terminal de buses, ha conocido una mujer. Una mujer delgada, bajita, una indiecita hermosa de un pueblo cercano, que va a Ibagué a visitar a un hermano, según le dice. Roberto, después de un rato, le propone que pasen juntos ese fin de semana. Ella lo piensa un momento y finalmente dice que sí.

Se van a un hotel en la calle Cuarta. Les dan una habitación con vistas a un patio interior, con una gran cama matrimonial. Es mediodía. Dejan las cosas, se besan, se desnudan, se meten en la cama y empiezan a hacer el amor. A ella le gusta estar arriba de él.

Después se van a almorzar. Encuentran un restaurante cercano, con un nombre de ciudad española. Él le dice que pida lo que quiera. Ella se decide por el arroz con pollo. Él, bandeja paisa. Ella le pregunta si él sabe qué es eso. Él le dice que sí, que es un plato dietético, por lo que ha escuchado. Ella se ríe. Tiene una risa muy linda.

Hablan mucho durante el almuerzo. Ella le pregunta qué hace en Colombia. Él le dice que está de viaje. ¿Pero de dónde vienes?, le pregunta ella. Ahora, de Ecuador. ¿Y antes, donde estuviste? Antes, en Perú. ¿Siempre viajas?, le pregunta ella. Ahora empecé, dijo él. Me cansé de Chile y me fui. Ah, dice ella. Yo ni siquiera conozco el mar, le dice. Él le responde: tal vez debemos hacer algo al respecto. Comen un poco. En la televisión dan las noticias.

Cuando terminan, él le propone ir a la piscina, le han dicho de una ubicada en las afueras de la ciudad. Pero no tengo traje de baño, dice ella. Pues compramos uno, corazón, dice él. Bueno,

dice ella. Se van hasta la Peatonal, que está empinada en un cerro. Entran en una tienda de ropa, donde hay muchos trajes de baño. Elige el que quieras, dice él. Ella escoge tres para probar. Una señorita se acerca y la acompaña al vestidor. Se queda con uno de color rojo.

Salen de la tienda. Él le pregunta: ¿y cómo nos vamos a la piscina? Ella le dice que pueden ir en buseta o en taxi. Él le dice: ya es tarde, tomemos un taxi. Bajan hasta la calle Cuarta. Toman un taxi.

El taxi hace una buena carrera. Los deja al frente de La Picalaña, donde un gran letrero dice: “Bienvenidos”. El le pregunta qué es ese lugar, y ella le responde que es una cárcel. Él le pregunta cómo es posible que en la entrada de una cárcel haya un cartel que diga “Bienvenidos”. Ella sonríe, y dice: caray, la verdad es que nunca lo había pensado.

Entran a la piscina. Está en un centro recreacional. Hay bastante gente. Se instalan en un borde, cerca de unos árboles. Primero se va a cambiar ella, y luego él. Después se meten a la piscina.

Allí están pegados todo el tiempo.

La tarde pasa rápidamente. Cuando salen del agua, comen un poco de pizza. Ella pide de pollo, él de salami. Él le dice: no pensé que la pizza fuera tan buena en Colombia.

\* \* \*

*A veces recuerdo esa polola de la universidad. Por ejemplo, esa mañana, muy temprano, que llegamos a Santiago de aquel viaje de mochileros del sur. El terminal estaba al frente de la universidad. Cruzamos la Alameda y nos fuimos directamente a la Facultad. Ella dijo que nos ducháramos en el gimnasio, aprovechando que había agua caliente (en la casita interior que compartíamos en Quinta Normal nos habían cortado el gas por falta de pago). Fuimos a las duchas, pero estaban cerradas, y el encargado nos dijo que abrían recién a las 10. Regresamos, entonces, a la Facultad. Hacía mucho frío. Ella le pidió a una de las mujeres de la limpieza que nos abriera una*



*de las salas, para dejar las cosas y dormir un poco, y entramos a una sala amplia y vacía.*

*Dejamos las cosas en un rincón, y en algún momento nos empezamos a besar. Cerramos la puerta. Ella hizo el ademán de sacarse el pantalón, pero yo le dije que podía entrar alguien. Ella me dijo que no iba a entrar nadie, y me llevó hasta la mesa del profesor, donde se sentó, terminó de sacarse el jeans, el calzón, abrió su vagina que yo conocía tan bien y me preguntó si quería hacerlo. Le dije que sí, claro. Me acerqué, me bajé mi pantalón, mi calzoncillo, y penetré su vagina estrecha. Ella empezó a gemir, mientras yo entraba y salía. Sentí el olor de su concha, muy fuerte, y me excité aún más. Acabé al poco rato.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 20

\* \* \*

A veces, el padre de Adrián miraba sus fotos de la época de la UP, y pensaba en qué había sido de sus amigos después del golpe.

Se ponía a pensar en Nicanor y su muerte en una fría habitación de esa pensión de Clermont-Ferrand, una noche de otoño de 1977, junto a una botella vacía de vino tinto, su pasaporte chileno (vencido hace tres semanas), 78 francos y un par de pesetas, un poco de ropa y una novela policial marcada en la mitad con un boleto de tren.

Recordaba a Claudia, que siempre decía que iba a ser reina, y que hoy era otra persona, sin ese brillo en los ojos, en su despacho de abogada frente a la cárcel de San Miguel, cansada de lidiar con sus dos hijos adolescentes, ahora miembros de Los de Abajo e incontrolables desde que su marido se fuera con su ex socia y ex mejor amiga (otra abogada).

Suspiraba por Natalia (pensó, entonces, que nadie se casa con el amor de su vida, por una cosa u otra), que nunca le habló a nadie de su paso por el Estadio Nacional, que no volvió del exilio de Rinkeby, en Estocolmo, donde se casó con otro chileno, un

científico que mucho antes fue militante del Partido Socialista (él lo ubicaba, lejanamente, de una reunión hecha en 1972 en un bar de la calle Bandera, donde le pareció el más razonable y mesurado de todos los presentes).

Repasaba el historial de Carmelo, que de comunista ultraortodoxo en los 70 pasó a poseedor de poderes sobrenaturales en los 90, curador de cáncer y médico de los famosos (actores, políticos, empresarios), en ese orden, que siempre conservó los afectos y la generosidad con todos sus amigos, incluido el padre de Adrián, cosa que él, dados los tiempos que corrían, agradecía eternamente.

Y lloraba recordando a Tito, desaparecido tras ahogarse en 1992 en el río Caquetá, ¿o fue en el río Putumayo?, su mejor amigo, uno de los hombres más lúcidos que había dado esta tierra austral, y al cual ni siquiera podía ir a dejarle una flor. Trató de hacer memoria de aquella tarde de 1985 cuando se lo encontró por única vez después del golpe de casualidad en la Vega Central. Tito le hizo un gesto de silencio con el dedo índice sobre los labios, con una calvicie falsa, un bigote impostado, una mirada seca que, igualmente, en algún momento, dejó pasar algo.

\* \* \*

Durante más de un año, Pablo trató de publicar su libro de cuentos. Primero fue al registro de propiedad intelectual a inscribir su obra. Después le sacó varias fotocopias, que repartió en distintas editoriales. Pasaron varios meses, hasta que un día lo invitaron a una reunión a una editorial ubicada cerca del Parque Forestal, sobreviviente de la época de la dictadura. Después de hablar un rato sobre la literatura chilena, una mujer cuarentona le dijo que los textos le parecían muy interesantes y le preguntó cuánto podría aportar él para la edición (a Pablo lo llenó un sentimiento de indignación, pero disimuló). Él respondió que nada y ella le devolvió el texto. Otro día, meses después, lo llamaron de otra editorial, una que estaba de moda, dirigida

por un matrimonio de polacos, y lo invitaron a otra reunión. El editor le dijo que le parecía interesante el material, pero le pidió afinar algunos detalles, sobre todo del último cuento. Pablo trabajó muchas semanas, pero el editor no quedó satisfecho y finalmente suspendió la idea de publicar el material.

Pablo recordó que en sus inicios a García Márquez le devolvieron un manuscrito, recomendándole que se dedicara a otra cosa porque no servía como escritor. Entonces decidió seguir adelante.

\* \* \*

Nicolás llama por teléfono a esa revista de izquierda para intentar vender algún reportaje. Conoce a uno de los editores porque ha sido colega suyo en el diario gubernamental. El editor le arregla una entrevista con el director de la revista para la próxima semana. Ese día, Nicolás lleva varias propuestas de reportaje. La reunión termina bien: el director se entusiasma con uno de los temas. No pagan mucho, pero es mejor que nada.

En cinco días, Nicolás reporta el tema: hace las entrevistas, recolecta el material de archivo, desgraba los cassettes, escribe hasta las tres de la mañana para cumplir con los plazos.

Una semana después, el artículo se publica. Nicolás está feliz. Llama por teléfono, habla con una secretaria, le pregunta cuando puede cobrar, y ella lo cita para dentro de dos semanas. Cuando se cumple el plazo va a la revista, pero cuando aparece, la mujer le pide disculpas, explica que unos avisadores se han atrasado con los pagos, y le sugiere volver la semana siguiente. Ese lunes, antes de ir, Nicolás llama por teléfono para confirmar. La secretaria le habla de nuevos inconvenientes, le pide paciencia, le dice que su cheque ya está por salir.

Finalmente, dos meses después aparecer el reportaje, Nicolás recibe su dinero. Luego paga el arriendo -atrasado- y le sobra para comprarse una cerveza, que se toma en su pieza, mientras escucha Pink Floyd.

\* \* \*

En el Chile de los años 80, Juan no tuvo adolescencia. Militó en la Jota y nunca tuvo agenda porque era peligroso. No hubo fiestas en casas de compañeros de curso, sino noches que le dejaron las manos llenas de tinta, con el ruido del mimeógrafo persiguiéndolo en sueños. No hubo besos a la luz de la luna en Algarrobo, más bien bajo la chispa de los cadenazos y en medio de la oscuridad y los ladridos de los perros de población periférica.

Después Juan cayó preso. Cuando ya había pasado lo peor, lo manguearon desnudo una noche de invierno en una pared de la Peni, junto a otros 35. Durmió arriba de pedazos de cartón, se lo comieron las pulgas, casi lo mata una pulmonía.

Después llegó la democracia, pero pasaron semanas, meses, y finalmente dos años antes de que Juan saliera en libertad. Afuera nadie lo esperó, su célula estaba disuelta, su mejor amigo había muerto baleado en un intento de fuga, su polola estaba embarazada de otro. Juan no encontraba trabajo. No sabía por qué, ¿era algo en su cara, en sus ojos?, pero siempre le pedían el certificado de antecedentes penales. A Juan lo tentaron unos narcos, unos monreros, unos lauchitas que ahora se dedicaban a los bancos, incluso unas mecheras que vivían cerca de la rotonda Quilín.

Juan pensaba que ahora que había democracia lo mejor estaba por comenzar, pero la gente lo evitaba como si fuera un leproso.

\* \* \*

En Bogotá, Roberto toma un avión a Estocolmo y allí pisa por primera vez suelo europeo. En la aduana un policía le sella el pasaporte italiano sin mirarlo. Afuera lo esperan sus tíos y su primo.

Viven en Rotebro, un suburbio de la ciudad lleno casas inmensas situadas en las inmediaciones de un lago y un bosque. Duerme en el sofacama del estudio.

De día, Roberto recorre la Ciudad Vieja, las playas y los parques de la capital, y le sorprende escuchar el acento chileno

en el metro, el tren o el autobús. De noche cena con sus tíos y escucha historias del exilio. Los fines de semana, su primo lo lleva a fiestas interminables en departamentos de inmigrantes iraníes, y el domingo inevitablemente van a jugar al fútbol con Iván, otro chileno que es su mejor amigo.

Los suecos le parecen amables, aunque distantes. Su tía lo atribuye a su timidez. En Suecia, Roberto se dará cuenta de lo latino que es.

\* \* \*

En su pieza, con un pito, Nicolás recuerda la primera vez que vio “La Batalla de Chile”.

Todavía estaba en la universidad. Fue en la mitad de la carrera. Había una toma y se quedaron a dormir en la oficina del director.

Una de esas frías noches de invierno, alguien trajo un video. Lo vieron entre sopas Maggi y marraquetas, de a pedazos, con gente entrando y saliendo, haciendo llamadas por teléfono, dirigentes de distintas carreras discutiendo la última propuesta del ministerio, parejas recién formadas atracando pesao.

Para Nicolás fue una sorpresa. Había leído mucho sobre la época de la UP, escuchado historias del exilio, conocía las canciones, los personajes por fotografías. Pero verlo en vivo era otra cosa.

Ahí estaban todos: Los trabajadores en una asamblea, hablando con soltura sobre el Club de París, con una confianza insólita en sí mismos; el señor intendente de Santiago, mandando a los pacos a suspender una represión de obreros, y los policías obedeciendo sin chistar; el artista entregado completamente al proceso, yéndose al norte a dar clases a las minas de cobre. Era otro país.

\* \* \*

A veces, Juan se compraba una botella de pisco y mientras tomaba se ponía a pensar. Se suponía que el alcohol era para no hacerlo, pero Juan no podía evitarlo. Decía, por ejemplo:

¿No es “Todas íbamos a ser reinas” un anticipo de los sueños de la Unidad Popular?

O: en dos semanas mataron a Allende, Neruda, a Víctor Jara, ¿alguna vez nos recuperamos de estas muertes?

¿Qué significaba esa huevada de “Venceremos”? Una ilusión vana, acaso un exabrupto: nos vencieron. Nos hicieron mierda. Barrieron el piso con nosotros. Nos llamaron a presentarnos a las comisarias, a los cuarteles, al ministerio de Defensa, y nosotros, huevones, fuimos. Nos metieron la cabeza en un tarro con mierda, nos sacaron los dientes con un alicate de fabricación nacional, nos pusieron un cable caliente en la vagina. Si teníamos suerte, nos mandaban a la Peni, si no, nos dinamitaban en el desierto, nos tiraban a un volcán, nos lanzaban al Pacífico desde un helicóptero Puma. Nos quitaron el pasaporte, nos metieron en un avión, nos expulsaron a Francia, a Suecia, a Argentina. Nos morimos de frío y hambre en una pensión de Clermont-Ferrand, una noche de otoño de 1977, o nos tiramos de un balcón en Bautzen, un 5 de junio de 1980, o terminamos en el manicomio londinense de Bedlam (despertamos un día de octubre de 1998, por un breve lapso, por algo que salió en la tele).

En los años 80 luchamos por la democracia, la misma que despreciamos tanto en los 70. En los 80 estábamos tan hechos mierda que nos conformábamos con volver a tener la misma democracia de 1973, pero ni siquiera eso nos darían. Pataleamos, obtuvimos un plebiscito, lo ganamos, los milicos negociaron con una pistola sobre la mesa, nosotros apenas llevábamos una flor. Y no se puede obtener mucho negociando así.

Luego llegaron los años 90, pero así como la vida no fue lo que esperábamos, la democracia tampoco. La democracia nos fue infiel, se fue con mi mejor amigo, se rió cuando hablé con mi acento sureño, me inundó la pobla de pasta base (para que se calmaran los ánimos). En democracia perdí mi trabajo, quebró mi empresita, cerré mi oficina, me dio sida, se suicidó mi hermano, me hice funcionario, firmé los planos para hacer una cárcel especial, a todo trapo, para los milicos. Pensé que las cosas iban a cambiar, pero no cambiaron: Don Francisco siguió en la tele,

los pacos me siguieron sacando la chucha en las marchas, me siguieron pagando el mínimo, que era realmente mínimo. Igual, en los 90 había algo peor: la desidia. Ahora, cada uno estaba metido en su cuento y el resto no existía, era el sálvese quien pueda. Muchos no lo lograron.

\* \* \*

Esa noche de verano, Adrián no puede dormir, así que se levanta, se viste, va a la cocina, bebe un poco de agua y sale.

Camina por la avenida Las Torres, muy lentamente. Son las tres de la mañana. Pasa junto a la botillería, donde unos adolescentes beben de una caja de vino. Uno de ellos le pide cigarro, casi de forma amenazadora. Adrián les dice que no tiene. Lo dejan seguir.

Adrián llega al parque. No hay nadie. Mira al cielo, no hay estrellas. Trata de distinguir los ruidos de la ciudad: a lo lejos pasa una micro, se escucha una pareja haciendo el amor, una fiesta. Es sábado por la noche.

Se sienta en un banco, se pone a pensar en su vida. Nunca había tenido problemas para dormir, pero desde que cayó preso, nunca más pudo recuperar esa placidez, esa tranquilidad que siempre tuvo para acostarse y quedarse zeta en cualquier parte: en el auto, en una carpa junto a una playa, en el sillón del tío Jaime, al que solían visitar en familia antes de que muriera de cáncer en el 92.

\* \* \*

– Oye, pastel, ¿vos qué pensai de esa huevá de conocer minas por Internet?

– ¿Qué querís que te diga?, a mí me parece medio decadente...

– Mi primo Vinny conoció una el otro día.

– ¿Tu primo Vinny no está casado?

– Sí poh...

– Bueno, ¿y?

– Igual poh, conoció una mina por Internet, y está más o menos... una hueona casada también...

- ¿En serio?, ¿tu primo Vinny?, ¿él no es la reserva moral de la familia?
- Pero huevón, son cosas que pasan en todo el mundo...
- Bueno, no significa que esté bien.
- Pero más allá de la huevá moral, lo que yo quería saber era qué pensabai vos de conocer minas por Internet.
- Ya te dije, lo encuentro medio decadente... tu primo es un ejemplo perfecto.
- Pero esa huevá da lo mismo, si la pudo haber conocido en la micro...
- Bueno, pero la conoció en Internet, el hecho es ése.
- A ver, ¿y si yo conozco una?
- Si tu conoces una... ¡pobre mina!
- Ya poh, pastel, si te hablo en serio.
- Lo digo en serio.
- Si la huevá es yo o cualquier otro...
- A ver... lo que pasa es que yo soy medio a la antigua. Si un día mi hijo me pregunta dónde conocí a su madre, y le digo que la conocí por Internet... ¡qué poco romántico!
- Bueno, ¿tú donde conociste a tu polola?
- En una fiesta, es lo normal. ¿Y tú?
- En la U.
- Bueno, también es normal.
- Pero ahora es cada vez más normal lo de Internet. Yo creo que cuando nosotros tengamos hijos va a ser tan normal como hoy en una fiesta.
- Ya, pero nosotros somos de otra generación. Tal vez sea eso, un asunto generacional, ¿tú cuando tuviste tu primera computadora?
- A los veinte.
- Yo a los catorce... ¡y empecé a chatear a los veintidós, en la universidad! Hoy los pendejos están chateando desde los siete años.
- Claro... pero entonces no es tan anormal que conozcan gente por Internet.



- Pero en el chat uno nunca sabe quién está al otro lado.
- Bueno, puedes poner una foto.
- Puede ser falsa.
- Claro, pero en la realidad uno también puede mentir...
- Sí, pero en Internet... no sé, a veces me meto en un cyber y hay un viejo de setenta años chateando, y me imagino que lo hace con pendejitas, o hay una gorda cuarentona... no sé, tal vez se hagan pasar por adolescentes... me imagino chateando con ellos, sería muy decadente.
- Bueno, pero puedes encontrarte con la gente después.
- Sí, pero, ¿y si no me gusta?, no sé, las citas a ciegas nunca...
- Bueno, te tomái un café y chao.
- Sí, pero...
- Para mí tu le veís las cosas malas, y no lo bueno...
- Creo que simplemente soy a la vieja usanza, más tradicional. Creo en el destino, que las cosas que te tienen que ocurrir -conocer a ciertas personas, ir a determinado lugar- te ocurren. ¿Tú creís en el destino?
- No, no creo...
- Ves...
- Soy más práctico, creo que Internet puede funcionar.
- Claro, también puede funcionar hablarle a una mina en la micro.
- Pero no lo hacís.
- No.
- Ya poh, pero Internet...
- La gente es demasiado perezosa, muy cómoda. Se instala en una computadora y espera que la computadora le resuelva la vida.
- Puta que soi amargao, pastel...

En "Usos de la modernidad", capítulo 1

\* \* \*

¿Pero qué importaba todo aquello? ¡Si ahora Juan era feliz!

A Juan lo sacaron de la toma, y en vez de vivir de a ocho personas en una carpa de cuarenta metros cuadrados, ahora vivían de a ocho personas en un departamento de ladrillo hueco de cuarenta metros cuadrados.

A Juan le posibilitaron ir a un liceo numerado para aprender a obedecer, para ser junior, para ser secretaria, para ser obrero de la contru.

A Juan le entregaron un permiso para endeudarse e ir a la universidad, para estudiar, para recibirse, para ser cesante y no tener con qué pagar la deuda de la universidad, para tener un cartón que ni siquiera le servía para limpiarse el culo, porque era papel duro.

A Juan le dieron pega en una exportadora de frutas, donde era feliz enlatando durante catorce horas diarias, por ochenta lucas mensuales, recibiendo de paso gratis su cuota de insecticidas y herbicidas para dejar buena descendencia.

A Juan también le regalaron una tarjeta de crédito.

¡Ah, qué patrones generosos tenía Juan en los años noventa!

¡Si hasta lo dejaban votar cada cuatro años!

\* \* \*

Están en un lugar en medio de la nada, a doscientos o trescientos kilómetros al sur de Estocolmo. Roberto, su primo e Iván se internan con el auto en un camino de tierra hasta llegar a un lago. Allí se empelotan y se tiran al agua. Es verano, pero aún en los veranos corre en Suecia una suave brisa, y el calor nunca termina de instalarse por completo. El agua es transparente, un poco helada, y no se ve el fondo.

Lo que más impresiona a Roberto es la ausencia de gente. Nadie en kilómetros a la redonda: ninguna persona, ningún coche, ninguna casa. Ningún ruido.

Mientras están en el agua, se turnan para sacarse fotos. Iván es hijo de chilenos y ha sido criado entre chilenos en Sollentuna, tiene un semblante chileno y habla con un inconfundible acento chileno, pero que nunca ha estado en Chile.

Después se secan un rato al sol, como lagartijas, arriba de unas tremendas piedras lisas, en silencio. Luego de secarse, se suben al coche y se marchan de allí.

\* \* \*

El Señor Presidente les amplió la red de Metro a los inquilinos, así podían viajar más rápido a sus lugares de explotación y trabajar horas extra por el mismo salario miserable.

El Señor Presidente hizo una autopista en la capital, para que los patrones pudieran atravesar la ciudad de punta a punta sin tener que ver esas poblaciones tan feas, en el camino desde sus mansiones a sus reuniones de negocios. También mejoró las calles para que los hijos de papi y mami jugaran a las carreras clandestinas y atropellaran y mataran ciclistas impunemente.

El Señor Presidente hizo más colegios públicos, para que los hijos de los inquilinos aprendieran más y mejor a obedecer, a entender cómo se vivía en un país de castas, donde cada cual ocupa el lugar que le corresponde: el patrón es el patrón, y siempre lo será, y vos soi un inquilino, y siempre lo vai a ser.

La señora del Señor Presidente no se quedó atrás. Se entusiasmó con un programa para arreglarles los dientes a las mujeres de los inquilinos. Así las inquilinas al menos podían sonreír mientras los patrones las violaban, las ahorcaban, las mataban en los establos de sus fundos, en los garajes de sus mansiones, en las piscinas de sus casas en la playa. La cosa no era lograr que las mujeres tuvieran sueldos dignos para pagarse ellas mismas el arreglo de dientes: no, simplemente era arreglarle los dientes. Era más barato. ¿Además para qué querían un sueldo digno? Quien sabe qué iban a pedir después.

\* \* \*

Solo en su pieza, masticando su cesantía, Nicolás recuerda la época de la universidad. ¡Son tan distintos el mundo del estudiante y el universo laboral!

En la U, si eres bueno, te recompensan con mejores notas. En la pega, en cambio, puedes ser un as, incluso más inteligente que tu jefe, pero es él quien manda y no hay vuelta que darle.

¿De qué sirve tener una buena idea, si él no la aprueba? ¡Ahí quedaste!

En la U, uno va a clases cuando quiere... siempre existe la posibilidad de tomarse una chelita en la plaza. En la oficina, si faltas dos veces, ¡patá en la raja!

La Facultad está llena de compañeros de estudio, amigos, conocidos, mujeres jóvenes de todas clases y características, con los cuales hay charlas eternas y pololeo. En la empresa hay que hacer lo que te diga el jefe, cuidarse y mantener la boca cerrada. Un colega te puede sapear o aserruchar el piso si te ve demasiado inteligente.

Nicolás había tenido un atisbo de la realidad del mundo del trabajo cuando, aún siendo estudiante, fue al Metro a postular a un trabajo. Era para controlar el torniquete escolar. No lo tomaron por tener el pelo largo.

Luego le tocó hacer la práctica y fue a dejar su currículum al diario farandulero que funcionaba cerca de la Plaza Italia. Allí una recepcionista cincuentona amablemente le dijo que en ningún periódico del conglomerado aceptaban postulaciones de estudiantes de su universidad. Él le preguntó por qué, y ella le dijo que simplemente era una política de la empresa. Él insistió, y ella, un tanto abrumada, le respondió que tenían "mala fama". Fama de qué, ¿de delincuentes?, preguntó Nicolás. No, de comunistas, susurró ella.

Luego, ya en el diario del gobierno, lo quisieron hacer trabajar diez días seguidos. Nicolás reclamó y dijo que era ilegal. Sus jefes se rieron, uno le dijo que él ya sabía dónde se podía meter las leyes. Pero bueno, al menos le pagaban las 150 lucas de sueldo en tiempo y forma.

Ahora Nicolás no tiene trabajo. Y en el basurero hay una carta de la universidad, recordándole su deuda de cuatro millones de crédito fiscal.

\* \* \*

Juan compró otra botella de pisco, para no pensar, pero al final igual terminó analizando la transición de los años 90, el pantanoso paso de la dictadura militar más larga en la historia del país

a la democracia más insípida de la modernidad austral.  
Pensó en los sinónimos de aquella palabra, transición: transacción, negociación, traición.  
Pensó en Don Patricio, golpista en el 73 y luego primer presidente tras el retorno de la democracia, derramando lágrimas de cocodrilo por los desaparecidos que él mismo había contribuido a crear.  
Pensó en Oscar Guillermo, que en los 70 llamaba desde el gobierno de la UP a los obreros a tomarse las empresas y en los 90 se convirtió en presidente del directorio de Telefónica, isin dejar de ser de izquierda!  
Pensó en don Enrique, de la UP en los 70, que el día después del plebiscito del 88 dijo en voz baja: “ahora hay que ver cómo hacemos para que la gente salga de la calle y vuelva a la casa”.  
Pensó: si los votaste en el 88 y te traicionaron, si los votaste el 90 y te traicionaron, si los votaste en el 94 y te traicionaron, si los votaste en el 2000 y te traicionaron, si los votaste en el 2006 y te traicionaron ¿vas a volver a votarlos?  
Pensó en que, tal vez, la traición sea, simplemente, parte de la vocación de poder.

\* \* \*

El Hombre Fantástico VII sabe qué música escucha la gente en sus auriculares.  
En el Metro observa a aquella muchacha, a lo lejos, y ve que se derrite con aquel falso poeta guatemalteco, máximo exponente del kitsch musical latinoamericano, que incluso compuso una canción a la menstruación de las mujeres.  
En el banco de un parque mira a aquel adolescente atrapado en su uniforme escolar, deleitándose con la incitación a matar policías del rapero norteamericano Ice Cube.  
Pero es en la cola de un banco, esperando para pagar una cuenta, que se conmueve con un hombre de mediana edad y la mirada perdida. No tiene auriculares, pero repite en su cabeza una y otra vez aquella frase de Pink Floyd: “there is someone in my head, but it is not me”.

\* \* \*

Juan olvidó el lenguaje de sus antepasados, y se hundió y se perdió en el idioma de los patronos, de los esclavistas, de los amos.

Juan olvidó los silencios de su abuelo yaqui, los cantos de su tía toba, los acertijos de su madre wayú.

Juan olvidó los poemas de su abuelo sefardí, la risa de su tía de Dar es Salaam, las carreras que echaba con su primo por las calles de Cartago.

A veces, Juan escucha las canciones de Khaled y su lamento le parece lejanamente familiar.

\* \* \*

*¿Cómo es ser penetrado? ¿Cómo es el orgasmo que alcanzan las mujeres? ¿Será la misma explosión?*

*Miro a las secretarias en el ascensor y me pregunto qué tienen detrás de sí: una noche muy triste con su ex pololo, unas horas de insomnio atrapadas por el vibrador, una primera vez con su mejor amiga, descubriendo sensaciones cuya existencia desconocían.*

*A esa ejecutiva, la del traje elegante, que parece muy seria, el semen de su cuñado le está cayendo por las paredes de la vagina, llenando la toallita que sobrepasa su calzón celeste.*

*Esa ama de casa, cuarentona y tradicional, se encierra en su dormitorio por las tardes para tener sexo con su vecino adolescente, mientras su marido trabaja y sus dos hijas de ocho y diez juegan en el patio a las muñecas.*

*Esa docente, que se queja de que cada vez hay más extranjeros y delincuencia, madre de dos hijos quinceañeros que la ignoran, lleva dos décadas casada y nunca ha tenido un orgasmo.*

*Esa liceana de mirada perdida, que por las mañanas estudia y por las tardes trabaja en un puesto de comida rápida, es violada todas las noches por su padre.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 20.

\* \* \*

A veces, cuando Nicolás habla de la Revolución, Pamela suelta una risa histérica y le pregunta: “¿Con quién vas a hacer la Revolución? ¿Con ese cabro chico que toda la vida ha soñado con ser paco? ¿Con tu primo, que tiene un afiche de Pinochet en su pieza? ¿Con tu mejor amigo, que ahora lo único que quiere es dejar de dar clases y montar un bar?”.

Entonces Nicolás le dice: “la Revolución la vamos a hacer con los hijos de los empresarios, los nietos de los generales, los sobrinos de los obispos”.

Ella le contesta que está loco, que no puede seguir confundiendo deseo con realidad, aquel error histórico de la izquierda durante todo el siglo XX, y que debe convencerse de una vez por todas que los obreros no quieren la Revolución, sino poder comer un asado en familia los domingos mientras ven un partido de la selección.

Y él le retruca: “algún día, esto va a explotar, mujer de poca fe... y yo te voy a dar el gusto de manejar la guillotina que vamos a poner frente a La Moneda para castigar a los traidores... ya verás...”.

Y ella le suelta: “eres más huevón... el día que haya una Revolución, los patrones van a subir los salarios y los trabajadores se van a ir a la casa, y ahí va a quedar tu Revolución...”

\* \* \*

¿Para qué escribir?, se pregunta Pablo. Y se responde: porque mañana, nuestros descendientes mirarán atrás y se preguntarán: ¿y en aquella época nadie decía nada? ¿Todo esto pasaba con absoluta impunidad? ¿Entonces es cierto que al final de la jornada todos se encerraban en sus casas a ver la televisión? Pues si es así, seguramente no les parecía tan malo...

\* \* \*

Una noche, Nicolás lee un reportaje sobre unos refugiados de la antigua Yugoslavia que habían llegado a Chile en los años 90. En plena guerra civil, las Naciones Unidas habían gestionado su

traslado a la Copia Feliz del Edén. Alguien les dijo que Chile era como Australia. El gobierno austral quería devolver la mano luego de que tantos países acogieran a miles de chilenos durante la peor dictadura que vivió el país en su historia.

Llegaron unos cincuenta refugiados, entre hombres, mujeres y niños. Les hicieron una bienvenida oficial, con bailes folclóricos y empanadas. Los metieron en un centro de acogida. Luego se olvidaron de ellos.

Pasaron los meses. Los refugiados comenzaron a desesperarse. Les daban comida, pero no tenían trabajo. Después de mucho insistir, el gobierno, siempre generoso, les gestionó unos trabajos en la contru, por cien luquitas mensuales. También les ofrecieron unos departamentos SERVIU de cuarenta metros cuadrados para vivir. Uno de los refugiados dijo: "aquí no pueden vivir ni animales". Se equivocaba, claro: los chilenos podían vivir ahí. Los refugiados sintieron algo muy parecido a la estafa.

De a poco se fueron yendo. Unos regresaron a su país, otros emigraron a Estados Unidos. Al final sólo quedaron dos hombres: uno que manejaba un camión por el desierto nortino y otro que atendía un kiosco en el centro de Santiago.

Nicolás piensa, entonces, que en realidad aquella historia es una gran metáfora acerca de la transición de los años 90.

\* \* \*

"Es verdad que cuando mueres toda tu vida pasa frente a tus ojos en un segundo, pero lo hace tres veces: primero pasa como la viviste, después pasa de nuevo y mientras sucede escuchas los pensamientos de los otros que interactuaban contigo, y por último pasa, pero contigo en el papel de los afectados por tus acciones: tu, torturador, te conviertes en torturado, tu, violador, te conviertes en violado, tú, asesino, te conviertes en asesinado".

David ibn Salomon (ca. 1134 d.C.)

\* \* \*



Otro recuerdo de octubre del 73: el padre de Adrián en micro por la avenida Grecia, pasando al frente del Estadio Nacional. Como todos los días, decenas de personas, sobre todo mujeres, están amontonadas frente a las rejas de la entrada, preguntando por sus familiares, tratando de pasar un paquete de comida para su hermano, hijo, primo, esperando una libertad del esposo que casi nunca llega.

El padre de Adrián no recuerda bien, pero en algún momento la micro se detiene cerca de la muchedumbre (¿un semáforo?, ¿un paco en un desvío?, ya no lo sabe), y entonces la ve: una mujer mayor, sola, que mira hacia el Estadio desde la vereda y agita un pañuelo blanco en silencio mientras parece decir: "adiós, hijo". Una despedida personal hacia su primogénito, al que no ve, quien se va, ella no sabe adonde.

El padre de Adrián guardará, durante mucho tiempo, la imagen de ese adiós en su memoria.

\* \* \*

*A veces, por las noches, cuando volvía a mi departamento de soltero, comía solo frente al televisor y me sentía vacío. Contaba los días y semanas que había pasado sin tener sexo. Luego me masturbaba pensando en la mujer de mi hermano, pero quedaba insatisfecho. Fantaseaba entonces con contratar a una prostituta, leía sus avisos en los clasificados, agarraba el teléfono y preguntaba por precios, servicios y duración, aunque finalmente siempre desistía por un tema de orgullo personal. ¿Cómo yo, un hombre aún joven, educado y con trabajo estable no iba a poder llevar una mujer a mi cama? Sin embargo, en aquel momento era exactamente así. Entonces me sumergía en el pasado, y me ponía a recordar a cada una de las mujeres con las que me había acostado: la primera, la cuarta, la decimoquinta.*

*Calculaba cuantas veces lo había hecho con cada una. Algunas habían sido polvo de una noche, otras novias de dos o tres años. Trataba de rememorar las circunstancias en las que nos habíamos conocido, las primeras veces que nos vimos, sus*

*nombres, sus rostros, sus voces, sus pechos, sus vientres, sus diversas formas de acabar, sus posiciones favoritas, el número de sus parejas anteriores. Me preguntaba por qué me habían elegido a mí para acostarse en aquel momento, si lo habían disfrutado, si alguna de ellas había fingido un orgasmo. ¿Cuál sería la próxima, y cuál la última?*

*Amé a algunas, a otras no. Varias me quisieron, aunque yo sólo deseaba tirar con ellas. El amor mutuo sólo ocurrió una o dos veces.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 21.

\* \* \*

Un día, Roberto le escribe un mail a María desde Estocolmo. Le cuenta que está allí en casa de unos familiares, le relata brevemente que su idea es recorrer el continente de norte a sur, y luego le pregunta si ella aún sigue en Suecia.

Ella le responde casi de inmediato. Le da la bienvenida a Europa, le dice que está en Gotemburgo y le envía su número de celular.

Él la llama y conversan un rato. Ella le pregunta cuál es su próximo destino y si se queda mucho tiempo. Él le responde que no tiene itinerario fijo y que tiene previsto pasar una buena temporada de viaje. Ella lo invita entonces a pasar por Gotemburgo, y él acepta. Acuerdan verse el próximo viernes.

Así, varios días después él llega en autobús a la ciudad. Ella lo espera en la estación. Se dan un largo abrazo. Luego se van caminando a la residencia estudiantil, mientras se ponen al día sobre sus respectivas vidas.

\* \* \*

Pablo está frente a la computadora, la mente en blanco. Hace un año que empezó aquella novela y aún no sabe cómo terminarlo.

Apaga la computadora, se mete en la cama, se masturba, se duerme. Se despierta, enciende la computadora, se conecta a Internet, le escribe un mail a ella, lo borra.

Va a la cocina, se hace un sándwich, vuelve a la computadora. Apaga la computadora, abre la ventana, la cierra.

Enciende un cigarrillo. Suena el teléfono: lo invitan a una cena. Duda. Finalmente dice: “no puedo, estoy escribiendo”. Le hablan de presentarle a una poetisa mexicana. Duda de nuevo, pero vuelve a negarse. Cuelga.

Se vuelve a sentar frente a la computadora. Pone la banda sonora de “Traffic”. Es guapo Benicio del Toro, piensa. Recuerda a Mónica, su mejor amiga, que siempre le insistía en que él ocultaba su lado gay. Recuerda un sueño que tuvo, no hace mucho: estaba con otro hombre en un departamento, ambos desnudos, y él a punto de penetrarlo, como si fuera lo más natural del mundo, cuando sonaba el timbre. Entonces despertó.

Se muerde las uñas.

\* \* \*

Una de esas tardes de verano en Gotemburgo, interminable, mientras Roberto y María toman una cerveza en la sala de estar, y la ventana está abierta y en la calle no hay un alma, ella le pregunta cómo es Chile.

Roberto se queda en silencio.

Piensa en la última vez que estuvo en el aeropuerto de Santiago, de regreso de Buenos Aires, cuando le mostró su pasaporte al tipo de Extranjería, muy peinadito él, impecable con su corbata, quien le advirtió que la próxima vez podían multarlo por haber perdido el formulario de salida, piensa en el póster de Pinochet en la pieza de su abuela, en los diputados que ganan cien sueldos mínimos mensuales, en los pocos milicos que están presos, encerrados en sus cárceles de lujo con mozo, televisión por cable, Internet, piensa en los cinco colegios que proveen el noventa por ciento de la clase empresarial y dirigente, en el amor de los chilenos por los shopping y su odio por sus vecinos, en su pasión por el comercio, en la nula movilidad social.

Entonces, Roberto, en vez de responder aquella pregunta, le propone a María hacer un viaje juntos por Europa. ¿Ahora? Sí, ahora. ¿Nosotros? Sí, nosotros.

\* \* \*

Adrián ha desaparecido.

Por la mañana, su madre encuentra el dormitorio vacío, la cama deshecha, la radio encendida, la ventana abierta.

El auto tampoco está. Después de algunas dudas, llama a la policía. El coche aparece al otro día, vacío, en un mirador de La Florida, en el paradero 20.

La madre revisa su agenda, llama a sus amigos. Ninguno tiene noticias de él. En la comisaría, un subteniente la tranquiliza: “no se preocupe, señora, tiene orden de arraigo, así que no puede salir de Chile”.

\* \* \*

A mediodía, en la estación de trenes de Copenhague, preguntando cómo llegar a Roskilde para el festival, Roberto y María conocen a tres noruegos: Leiv, su novia Gro y su hermana Inga.

Toman juntos aquel tren regional, repleto de jóvenes, y viajan durante media hora, junto a una multitud de alemanes que ya están borrachos, hasta el lugar donde se va a realizar aquel Woodstock a la danesa.

Llegan al pueblo de Roskilde y caminan, siguiendo a una multitud, hasta un gran campo totalmente cercado. La gente se amontona en una entrada. Después de hacer una cola y pagar el ticket, les colocan un cintillo en la mano.

Cuando entran, ven que el lugar está lleno de miles de tiendas de campaña, una junto a otra. Hay un ambiente de jolgorio. Afuera de las carpas la gente duerme al sol, está sentada en círculo en el pasto, bebiendo cerveza o fumando yerba. También ven varios escenarios y casas prefabricadas en forma de contenedores donde se venden toda clase de cosas, desde comida hasta ropa.

Roberto y María y los noruegos se instalan cerca de un árbol. Arman sus carpas, preparan unos fideos que desaparecen en cinco minutos, y se duchan en unos baños comunes gratuitos con agua helada.

Pasa un día, y luego otro, con sus noches, sus cervezas, sus pitos, sus besos. Al tercer día, poco después del amanecer, Roberto se despierta. María duerme a su lado. A lo lejos, alguien canta una canción de Sol y Lluvia. Es raro escuchar aquella melodía austral en la mitad de Dinamarca. Roberto se levanta con cuidado para no despertarla, sale de la carpa, María murmura algo con los ojos cerrados pero él le dice que ya vuelve.

Roberto descubre entonces una carpa con una bandera chilena en la punta, que no ha visto en días pasados. Se acerca lentamente. Varios cabros cantan alrededor de una fogata apagada. Un chascón toca una guitarra, mientras otros tres se turnan una botella, y una chica come un pan con atún (cuando él aparece, ella le pregunta si quiere un poco, pero Roberto le responde que gracias y dice que no).

Hablan un poco, entonan algunos temas. Todos vienen de Estocolmo, de Rinkeby. Cuando Roberto menciona a sus tíos de Rotebro, unos de ellos dice: “debe ser gente buena, porque no los conozco”. Luego, cuando le preguntan qué hacía en Chile y él responde antes de irse fue a la universidad y trabajó, otro, un cuarentón de pelo largo, le cuenta que de joven se crió en la Estación Central y recuerda que su padre le dijo que nunca iba a poder estudiar porque no había plata. Ahora trabaja en Estocolmo en la limpieza, aunque en ese preciso instante no tiene pega. El de la guitarra le dice entonces que conoce muy bien el tren que va a Rotebro porque suele tocar allí. Y efectivamente Roberto recuerda a un chileno tocando “El cóndor pasa”, una tarde de solsticio de verano.

El único que no habla mucho es un chileno de quince años y cara de asustado, que dice haber llegado hace muy poco a Estocolmo. No tiene papeles y cuenta que cuando venían a Dinamarca, tenía miedo de que lo pararan en la frontera y lo devolvieran a Suecia o incluso a Chile.

Roberto se queda un rato más y luego se despide, muy amablemente. No vuelve a verlos.

\* \* \*

El padre de Adrián se cita con un viejo amigo, en la Plaza de la Constitución, al frente del monumento a Allende. Allí hay dos carabineros. El monumento tiene flores marchitas. Lo ha tallado un escultor de derecha que ganó el concurso para hacerlo. De los tres presidentes que hay en la plaza, Allende es el que está más cerca de La Moneda.

El padre de Adrián se sienta frente al monumento cuando ve que un joven se para frente a la estatua, en silencio, las manos en la espalda. Es moreno, tiene el pelo largo y lentes.

De repente llegan dos chicas, una rubia, una morena. Los tres miran la estatua cuando la rubia dice:

– ¿Cómo le pudieron hacer una estatua a este conchesumadre, que destruyó el país, que casi nos convierte en Cuba?

Al padre de Adrián se le agita el corazón. Quiere decir algo pero no puede. El miedo le cierra la boca. Es entonces cuando escucha que el joven le responde:

– Allende al menos no tiene las manos manchadas de sangre, y para que sepas, muchos estamos orgullosos de que esté aquí.

El padre de Adrián queda impávido. Espera que los dos carabineros se le tiren encima, lo muelan a palos, pero no pasa nada. La rubia está sorprendida, es incapaz de articular una palabra, la furia contenida. La morena no dice nada. La rubia inicia entonces la retirada (se marcha como un pavo real), la morena detrás, resignada.

Cuando el padre de Adrián se pone de pie para decirle algo, el joven también se ha ido ya.

\* \* \*

Roberto y María están en Hamburgo.

Un amigo les presta dos bicicletas. Tienen un mapa, pero igual se pierden, porque no hay calles rectangulares en el puerto. A la salida de una fábrica, viéndolos perdidos, una rusa les habla en español. Ha vivido diez años en Murcia. ¿Dónde está la universidad? Por acá.

Llegan hasta la plaza Salvador Allende, en pleno barrio estudiantil. Se compran un jugo de naranja, lo toman sentados en el pasto. Muchos jóvenes están igual que ellos, sin hacer nada en especial. Es un día hermoso.

Luego siguen hasta la plaza del ayuntamiento. Comparten un helado de limón (él siempre come helado de limón) y ella dice que tienen suerte, porque llevan tres días en la ciudad y siempre hubo sol. María dice que es un milagro, Roberto piensa que es casi natural.

En la plaza, con su helado, Roberto de repente se percata de que en la torre del ayuntamiento ondea una gran bandera chilena. Se lo dice a María. La bandera chilena sigue allí. Él piensa que no está mirando bien. Ella le dice que las regiones en Alemania tienen sus banderas, que incluso las ciudades tienen sus escudos. Roberto le cuenta del escudo de Dresde, en un edificio frente al Parque Forestal, en Santiago, fuera de tiempo y lugar. Piensa entonces que tal vez Hamburgo, ciudad hanseática por excelencia, tal vez tenga la misma bandera que Chile, por esas cosas de la vida. Piensa que puede ser así, pero no se convence. Si quieres, ve a preguntar, dice María, yo te espero. Entonces él se levanta y camina hacia el ayuntamiento.

En la entrada del ayuntamiento no hay nadie, ni siquiera una guardia. La puerta está abierta. Debe ser fácil ser sicario aquí, piensa Roberto. De repente, de la nada, sale una pareja de cincuentones. Son chilenos, claro. Bajitos, gorditos. Roberto les habla directamente en español y les pregunta que por qué hay una bandera chilena, y ellos le explican que el presidente del Senado chileno está de visita, y que en su honor han puesto la bandera. Ah, ya. ¿Y tú cómo te diste cuenta de que somos chilenos?, le preguntan. Bueno, tienen toda la pinta, dice Roberto. Más tarde, mientras María toma café con una amiga alemana pelirroja que conoce de Suecia, Roberto va a visitar a un viejo amigo de su padre. Tiene una hermosa casa en las afueras de la ciudad. Es un viejo radical, que en la época de la Unidad Popular fue interventor de una fábrica en Valparaíso. Tiene una

gran biblioteca con muchos libros de Chile. Roberto se interesa por algunos, incluso los hojea, pero el viejo amigo de su padre no hace ademán alguno de prestarle un ejemplar.

“La UP era un sueño hermoso. Sabíamos que se iba a terminar pero teníamos que soñarlo”, le dice el viejo amigo de su padre, mientras su mujer les sirve café.

\* \* \*

“Los fines de semana, los chilenos se van a los shopping center. Sus rostros vacíos, que no dicen nada, llenan los pasillos comerciales. Se sientan a comer completos y a hablar de fútbol. Las luces de colores iluminan sus vidas sin rumbo. Quieren convencerse de que viven en Estados Unidos pero no lo logran. La realidad es más fuerte. Precios europeos, salarios sudacas.

Por las noches, se instruyen con la televisión chilena. Una serie sobre un asesino serial alcanza máximo éxito. En uno de los capítulos, el protagonista mata a una periodista metete con una motosierra. La Iglesia, siempre tan dada a los discursos, no dice nada. Nadie dice nada, nadie se escandaliza.

La transición democrática ha sido tan charcha que convirtió a una de las mejores periodistas del país -una rubia comunista- en una comentarista de espectáculos. Ella había sido un referente en los años 80, pero quince años después defendía a rajatabla su nuevo oficio: hablar sobre la vida de ‘actores’ y ‘artistas’ a los cuales nadie conocía cuando traspasaban el control fronterizo de Chacalluta”, escribe Pablo.

\* \* \*

Pamela despierta a Nicolás y le dice que tiene una llamada. Son las nueve de la mañana de un domingo y él anda con la caña. Se levanta, se pone un short y sale al living. En el teléfono habla una mujer. Suena desesperada. Le pregunta si es Nicolás, el periodista que escribió un artículo sobre Adrián, un joven estudiante que estuvo tres meses preso en la Peni, acusado de desorden en la vía pública y... Nicolás recuerda el caso, pero le explica que ya no trabaja en el diario, que lo echaron, que lo siente mucho,



pero la mujer lo interrumpe y le dice que Adrián ha desaparecido y que tiene que ayudarlo. Él le aconseja que avise a la policía, ella le responde que ya lo hizo, que fue inútil. Entonces Nicolás le pregunta que cómo consiguió su teléfono y ella le dice que encontró una fotocopia de su artículo en el escritorio de su hijo y que llamó al diario y que después de mucho insistir le dieron su número. Nicolás le dice que no sabe si podrá ayudar pero la mujer insiste, y entonces acuerdan una cita, por la tarde, en la boletería del Metro República, a las cuatro, para ver si...

\* \* \*

Roberto y María están en una fiesta en Berlín, una noche de verano.

De día han caminado por el barrio judío de Mitte y luego desde el Gendarmenmarkt hasta el Reichstag. Se han sacado una foto debajo de la columna del ángel. Han tomado un café en el Bilderbuch de la Akazienstrasse, en Schöneberg, y cenado en un restaurante indio llamado "Assam", cerca de la estación Görlitzer Bahnhof, antes de irse a aquella fiesta en el departamento de una alemana que vive con un colombiano, en pleno Kreuzberg, donde han bailado a Manu Chau hasta el amanecer.

Después aquella fiesta, en un departamento prestado por un amigo cubano, Roberto y María hacen el amor por primera vez.

\* \* \*

Juan tenía 30 años y vivía solo.

Por la noche llegaba a casa y lo primero que hacía era revisar su contestador automático. Nadie lo llamaba. O sí: una voz grabada de un concesionario de autos, un banco, una aseguradora.

En la cocina se calentaba algo en el microondas, luego se sentaba en la mesa, comía algo, miraba por la ventana sin ver a nadie.

Después encendía la televisión. Pasaba de un canal a otro y de repente ya era medianoche. Dos horas de vida tiradas a la basura.

Juan navegaba en Internet. Muchas páginas porno, claro: ¿qué se le puede pedir a un hombre solo, de noche en su casa, frente a una computadora, que ha estado muchos días sin sexo? Un negro entrando en una rubia. Un viejo culiándose a una rusita. Dos latinas practicando un 69.

Juan regresaba a su casa a las dos, tres, cinco de la mañana. Total, nadie lo esperaba.

Su vida: Desayunos unipersonales, reírse solo un domingo por la mañana por un chiste en el periódico, hablar frente al espejo, poner diez veces el mismo disco, la cocina impecable, o hecha una mierda: a nadie le importaba.

Nadie por quien volver a casa.

\* \* \*

En Amsterdam, Roberto y María se alojan en el “Meeting point”, un hostel de mochileros cerca de la estación.

Es un fin de semana largo de julio, y Amsterdam está que re-vienta. Los holandeses desaparecen de la ciudad y la calle es tomada por un ejército de turistas extranjeros. Las unidades norteamericanas son las más ruidosas, y las inglesas, las más beodas.

Acaban de matar, hace algunos meses, a un político importante, a la salida de un cine. En una plaza, junto a un monumento, la gente deja flores. Roberto piensa que si han matado a un político en plena calle en Holanda, eso significa que el mundo ha cambiado para siempre.

Van al Barrio Rojo. Quedan asombrados por la diversidad de las prostitutas: blancas, negras, lindas, gordas, jóvenes. Hay para todos los gustos. El olor a decadencia es muy sutil, casi imperceptible.

También visitan una exposición del World-Press-Photo. Una foto muestra a un negro muerto, tirado bocabajo inmóvil en una playa. Su patera acaba de llegar al sur de España. Él no alcanzó. A ella se le comienzan a llenar los ojos de lágrimas. “Las pateras encallando en la costa y la gente tomando el sol en la arena”, dice (a Roberto se le encoge el corazón).

Luego ella le cuenta que en Valencia vive muy cerca de un puente sobre el lecho seco del río Turia, debajo del cual sobreviven como pueden los subsaharianos que sí se salvan.

\* \* \*

Rodrigo tiene 26 años, una esposa y un hijo.

Viven en Curanilahue, uno de los pueblos más pobres de Chile. Allí el alcoholismo y el desempleo campean a sus anchas. Antes aquí los españoles mataron mapuches, con ciertas dificultades. Luego la oligarquía criolla esclavizó a sus descendientes en las minas de carbón, con menos problemas. Ahora Curanilahue también es la sede de la Forestal Arauco, propiedad de una familia angelina, la más rica del país.

Los obreros trabajan como burros y ganan cien flores mensuales. No se puede hacer mucho con cien flores mensuales. Un día se aburren y deciden que hay que hacer algo. Redactan un petitorio y piden un aumento de sueldo.

A los angelinos les cuesta compartir su fortuna. Por algo se han hecho ricos.

Negocian durante 45 días. Logran acuerdo en 23 de 25 puntos del petitorio. Los dos donde no hay acuerdo son en torno a las cien flores mensuales de sueldo. Comienza entonces una huelga. Los obreros están cansados. Salen a la carretera. Bloquean la ruta. Se les unen unos liceanos entusiastas.

El gobierno socialista manda rápidamente a los pacos a restaurar el orden.

La trifulca dura varias horas. Pero son muchos obreros y están enojados.

El gobierno socialista pide refuerzos -más pacos- desde las ciudades aledañas. Hay que proteger a la empresa, no a los obreros.

De los gases lacrimógenos, los pacos se pasan a los balines, y de los balines a las armas convencionales.

Por horas los pacos se dedican a lo que más les gusta: cazar gente indefensa, aterrorizarla, pegarle, escupirla, insultarla, meterla presa, en fin, dar rienda a los bajos instintos que siempre tienen a flor de piel.

Son pacos, hijos de otros pobres, pero con uniforme y armados, contra pobres sin armas. Disfrutan repartiendo cariño entre estudiantes y trabajadores.

Entonces, esa noche, después de varias horas, uno de los obreros decide dejar de correr y enfrentarlos en serio. Se sube a un cargador frontal. Lo echa a andar. Agarra velocidad. Llega hasta un bus paqueril, lo arrastra por quince metros, y va por más.

Pero los pacos son más que ese hombre solo. Varias veces, entre varios, le tiran con subametralladoras y pistolas, para asegurarse de matarlo. El cargador frontal se hunde en una zanja. Cuando los pacos se asoman, ven que el hombre está vivo, pero se desangra. Ellos acordonan el lugar. Un cabo propone llamar una ambulancia, pero el oficial les dice que es mejor esperar. Cuando finalmente aparece, dos horas después, le impiden la entrada a los enfermeros, argumentando razones de seguridad. A Rodrigo, un médico le cierra los ojos.

\* \* \*

Roberto y María viven un mes en Praga. Arriendan un departamento temporal en la calle Lipova.

No salen mucho a la ciudad. Pasan todo el día haciendo el amor, y horas en la tina. A veces, por las noches, salen a cenar.

Los checos les parecen antipáticos. Van a una tienda a comprar algo, preguntan algo y ellos no les responden. Las mujeres son hermosas, claro, pero una princesa de hielo -una sueca, digamos- también lo es.

Una tarde, un sábado, finalmente se deciden y van al centro histórico de la ciudad. Caminan por la plaza donde quemaban vivos a los herejes, hace no tanto tiempo. Ven a una pareja haciendo el amor en un coche, a la orilla del río (en realidad, sólo ven el culo blanco de él y las piernas de ella). Toman una cerveza en un bar donde trabaja un chileno que hace muchos años llegó a Praga de turista y conoció a una checa amable y se quedó. Van a una agencia de viajes a consultar por un viaje a Grecia.

Después se van a un cementerio, lejos de la ciudad, a ver la tumba de Kafka.

\* \* \*

A veces el padre de Adrián se pone a pensar en Allende. ¿Quién fue Allende? ¿Un padre irresponsable, que condujo al rebaño en masa al matadero, para suicidarse antes de que comenzaran a degollar de a una a sus fieles ovejas? ¿Acaso no sabía lo que estaba haciendo? Se confió mucho. No escuchó a sus asesores. Se fió de su muñeca política. Se equivocó.

El padre de Adrián se ríe, casi en voz alta, casi con amargura, al recordar que una vez leyó, muchos años después, que el día del golpe, al no poder comunicarse con Pinochet, Allende dijo: “pobre Pinochet, lo deben tener preso en su casa”.

El padre de Adrián piensa que es una tentación maldecir a Allende mientras uno está colgando, desnudo, de una viga en las caballerizas en un regimiento de Linares, mientras afuera llueve sin fin, desmayado por tanta electricidad, preguntando a Dios por qué lo ha abandonado a uno.

Después recapacita e insiste: Allende no hizo desaparecer a dos cúpulas completas del Partido Nacional, Allende no dinamitó el cadáver de Onofre Jarpa en el desierto de Atacama, Allende no mató con un coche bomba a Agustín Edwards en una calle del barrio diplomático de Washington a comienzos del otoño del 76.

\* \* \*

Por la noche, Nicolás tiene un sueño. Está en Chile, reunido con su familia. Nicolás les grita:

– El 73 nos ganaron, pero yo no voy seguir llorando, con la cabeza gacha. Si ustedes se quieren quedar, háganlo. Yo me voy. Y sale de la habitación.

Y de pronto todo es oscuridad.

Luego abre los ojos. Vuelve al mundo. Se da cuenta de que sigue llorando.

Afuera está amaneciendo.

\* \* \*

*Se conocieron en el colegio y comenzaron a pololear. Ambos eran vírgenes y muy católicos. Acordaron permanecer así (al menos vírgenes) hasta el matrimonio.*

*Un fin de semana, con otros cabros, se fueron a unas cabañas en la playa de Algarrobo a celebrar las Fiestas Patrias. Bebieron mucho, lo suficiente para decidir no dormir juntos esa noche, "porque podía pasar algo". Él se la encomendó a su mejor amigo.*

*Así, en una sola noche, aquel novio perdió a dos de las personas que más quería en el mundo.*

"El sexo en Chile", volumen 2, testimonio 22.

\* \* \*

En la playa en Samos, una isla griega frente a la costa turca, Roberto y María tienen su primera pelea. ¿Qué va a ser de nosotros?, pregunta ella. No lo sé, dice él. Yo en algún momento tengo que volver, Roberto. Ya lo sé, pero prefiero no pensar en eso. Eso no soluciona nada, dice ella. Suspiran. Y el silencio se abate sobre ellos.

De repente él ve en el mar, no muy lejos, flotando una botella de Coca Cola. A Roberto aquel objeto en medio de un paisaje hermoso le parece un crimen, un sacrilegio, y decide hacer justicia. Le habla a los ojos verdes de María sobre la botella y le dice que va a buscarla para tirarla a la basura. Se mete al agua. El agua es tibia y transparente. Comienza a nadar. Luego de un rato, el agua salada aún le llega al pecho. Después ya no.

La botella está ahí, al alcance de la mano. Roberto comienza a acercarse y ella sigue ahí, muy cerca, a sólo unos metros. Él se adentra más y más en aquel mar mediterráneo. Entonces, de repente, se da vuelta, como por instinto, y nota que está muy lejos de la playa. Le empieza a faltar el aire. La botella sigue ahí, a unos metros, sólo hay que acercarse un poco más. Pero Roberto le empieza a faltar el aire y decide regresar.

Comienza a volver a la orilla, pero la playa está muy lejos. María ya se ha dado cuenta de que algo anda mal, y se mete al agua

y se acerca lentamente a él, a lo lejos, va a su encuentro. Pasa un rato interminable, hasta que se encuentran, ella lo agarra, lo tira, y Roberto finalmente sale del agua.

Se sientan en la arena. Ella le pregunta si está bien. Él respira con aire agitado, está muy pálido y pasan varios minutos sin que diga nada. Después la mira.

Arriba está el sol.

\* \* \*

Pablo piensa en sus antepasados y dice: ¿cómo es para nosotros, los seres humanos, pasar de vivir en una manada, en una aldea, de no ver más de un centenar de rostros en toda la vida, a de repente criarnos en una ciudad de diez millones de habitantes, donde por día nos encontramos con cien caras distintas en la calle o el metro? ¿No es esto una sobreexigencia?, porque desde luego resulta imposible procesar toda aquella cantidad de información de palabras, miradas, roces.

\* \* \*

*¿Por qué me gustan tanto las mujeres?*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 27

\* \* \*

“Un país donde la gente viaja para decir que estuvo en tal o cual lugar. Un país cuyo destino favorito es Cancún o Miami.

Un país al cual la cultura le importa una raja. Construyen un centro cultural debajo de La Moneda, pero la gente es porfiada y sigue yendo a los shopping.

Un país cuya mayoría es profundamente ignorante, que se debate entre las pokemón y las pelolais, entre la teleserie de moda, la vida sentimental de un presentador de televisión, un país entregado absolutamente al dinero, los cheques y las tarjetas de crédito.

Un país donde los izquierdistas critican el aborto y defienden un tratado de libre comercio con Estados Unidos. Un país donde la estatua de Allende la hizo un escultor de derecha. Un país que

trabaja afanosamente por la segmentación de los barrios. Un país donde los parques se transforman en bencineras, los viñedos en urbanizaciones, las playas en cotos privados. Un país donde te vigilan como un delincuente cuando entras a una librería y te echan a patadas si no vas a comprar algo. Un país donde las minas que atienden en la Feria del Disco no saben absolutamente nada de música.

Un país donde ser rubio es una ventaja y donde el mejor camarógrafo de su generación, un mapuche, se terminó yendo a Nueva York porque en Chile nadie lo pescaba. Un país donde unos se comportan como patronos de fundo y otros como inquilinos. Un país donde la mitad defiende crímenes contra la humanidad, un país donde mis candidatos nunca entraron al Parlamento, y no fue por falta de votos. Un país donde los pocos derechos existentes hay que limosnearlos. Un país donde hay que pagar por todo, donde nada es gratis, un país que es como un padre ávaro que presta dinero con intereses a sus hijos para que vayan a atenderse a un hospital, para que se matriculen en una carrera, para que arrienden una piecita en una pensión de la calle Mapocho.

Un país donde los ministros hablaban en inglés mientras analizaban el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos. Un inglés sudaca, pronunciado con orgullo. Los ministros lo tarareaban mientras imaginaban que estaban en una película de Hollywood. Un país cuyo máximo autor juvenil de éxito en los noventa era un retornado de California.

Un país que pasó de difundir poetas y músicos a exportar cafés con piernas y una policía brutal como pocas en el mundo. Un país que en dos semanas mató a su mejor cantor, a su mejor poeta y a un presidente que era respetado en el mundo entero.

Un país que no se inmuta cuando sus hijos se tiran al Metrotrén a la altura de Maipú, cuando se toman un avión para no volver jamás, un país que le cierra la puerta a aquellos que regresan del exilio. Un país donde la indiferencia parece ser una virtud y la solidaridad pasó de moda, como un televisor viejo que ya no sirve y se tira a la basura.



Un país que es un caso perdido. Un país donde dos amigos se juntan un sábado por la mañana en un rincón del cerro San Cristóbal para jurarse que sus hijos no nacerán en ese país. Un país que se fue a la mierda", escribe Pablo.

\* \* \*

En el centro, el padre de Adrián se encuentra con un viejo conocido. El amigo lo convida a un bar, uno de esos bares de mala clase cerca del Mercado Central, y él se resiste pero finalmente acepta. Es viernes, son las cinco de la tarde.

En el bar empiezan con un 120. El padre de Adrián sabe que no debe beber pero igual lo hace. Hubo una época de su vida en que empezó a hacerlo de forma compulsiva, y casi se pierde. Así que ahora se ataja. Traga lentamente.

El amigo es un ex compañero del liceo. No se han visto en cuarenta años. Estudiaron juntos, pero se perdieron de vista después del golpe. Hablando descubren que trabajan en el mismo edificio, pero que aún así nunca se toparon.

Después de un rato, cuando ya van por la segunda botella de vino, empiezan a hablar de los 70. A principios de los 70, el conocido del padre de Adrián fue enviado a Moscú para hacer algunos cursos de formación política. Cuenta que los rusos no los dejaban salir de un internado y que una noche, a escondidas, se escaparon por una ventana para ver algo de la capital.

Luego rememora el golpe. Estuvo detenido tres semanas en el regimiento de Linares, donde se había escondido en casa de una prima. Compartió celda junto a cinco o seis muchachos, de los cuales no volvió a saber nunca más (recuerda dos apellidos). Salió libre porque el esposo de su prima era jardinero del comandante del regimiento. Pudo irse pero no quiso: en su natal Valparaíso había conocido a muchos republicanos españoles que habían muerto esperando la muerte de Franco. Sabía que si se iba no regresaba. No quería hijos mexicanos, ni suecos, sino chilenos. Por eso decidió quedarse "para seguir luchando", tratando de pasar desapercibido. Pasaron dos años, hasta que cayó de nuevo. Esta vez se lo llevaron a un centro de torturas en

Santiago. Lo hicieron mierda. Mientras dice esto ni se inmuta. Otros la pasaron peor, dice. Entonces le cuenta al padre de Adrián la historia de un tipo, un preso del centro de torturas, al que los otros detenidos apodaban “el hueón del taxi”.

\* \* \*

*“¿Por qué no me amó como yo la amé? Muchas veces me pregunté eso. Cuando la conocí, esa italiana me partió la cabeza. Estaba loco por ella. La encontraba absolutamente hermosa. Siempre que íbamos a un cumpleaños, yo me daba una vuelta por el lugar y pensaba: estoy con la mina más linda de toda la fiesta.*

*Bailábamos. Nos besábamos. Mientras yo hablaba con un amigo, la veía de reojo charlando con otros hombres. Me llenaba de celos pero me acercaba y apretaba su mano y me decía: cuando esto acabe, nos iremos a casa y haremos el amor.*

*Adoraba todo de ella: su cuerpo perfecto, sus ojos claros, sus silencios tan prolongados, su inclinación por el arte (hacía danza), su inteligencia. Nunca supe qué significué yo para ella. No estuvimos juntos mucho tiempo, apenas cuatro meses. Un día, toda vestida de rojo, me dijo que se iba, volvía a su país. Estaba radiante.*

*Cuando se fue, quedé hecho mierda. Lloré todo el camino de regreso a la ciudad desde el aeropuerto. Me rompió el corazón. Pasé de hacer el amor todas las noches a la soledad total. Me pegó mal el síndrome de abstinencia. A las dos semanas estaba en un motel con otra. “Matar su recuerdo”. No logré absolutamente nada. Sólo me hundí un poco más.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 43

\* \* \*

A veces Nicolás piensa en su muerte, en su entierro. Quiere ser cremado, claro. Está dispuesto a donar sus órganos, pero no a que se lo coman los gusanos. (¿Vanidad?, quien sabe). Quiere que tiren sus restos en la playa Grande de Huasco.

¿Dónde lo atrapará la doncella? ¿En un hospital al norte del Río Bravo? Muchos latinoamericanos murieron en el país del güero: en Nueva York, por ejemplo (Gabriela Mistral en Hampstead, Héctor Lavoe en el Memorial, de Queens, José Raúl Capablanca y Reinaldo Arenas en la misma ciudad), Heberto Padilla, en Alabama, Osvaldo Guayasamín en Baltimore. ¿En una cama del Hospital Salvador de Santiago, una fría tarde de invierno, rodeado de sus hijos y nietos? ¿O tal vez en una trinchera en Bastogne, un frío invierno, en medio de los estruendos (otra vez) de la artillería alemana?

O morir baleado frente a la oficina de Velotax en una calle de Lérida, en el departamento del Tolima, en Colombia, por escribir en un diario regional una columna demasiado crítica sobre el señor alcalde. Morir de sida en una cama del hospital Muñiz, en Buenos Aires. Morir por una afección hepática en el hospital Vall d'Hebron, en Barcelona.

Nicolás se pregunta cuántos, y quiénes irán a su funeral. ¿Diez, veinte? ¿Habrá encendidos discursos, políticos, literarios? (¿Una editora, un hijo?) Nicolás fantasea con que al menos allí se conozcan dos que luego terminen haciendo el amor en un hotel de la carretera, de regreso, después del entierro.

\* \* \*

... entonces, en medio de una discusión terrible en aquel hostal de Atenas, María le dice que va a regresar, le propone una vez más que se vaya con él, pero Roberto se queda callado y ella toma sus cosas y se va sollozando al aeropuerto.

Roberto se sienta solo en un café, trata de leer el periódico pero no se concentra, regresa al hostal y cierra los ojos pero no puede dormir, se muerde los labios pero se siente incapaz de ir tras ella.

Al otro día se va de aquel lugar. En Pireo toma un barco a Italia para conocer, por fin, la tierra de sus antepasados.

\* \* \*

En un banco del Parque Forestal, Nicolás a veces piensa que no vive en Chile, sino que lo padece. A veces cree que haber estado tantos años allí le dejó una especie de daño. No habría sido lo mismo en Buenos Aires o en Bogotá que en el horrible Chile de los años noventa, con la transición culiá que a su modo se llevó mucho de lo mejor del país. Si los milicos mataron a Pepe Carrasco, a Manuel Guerrero, la transición se llevó a Laura Rodríguez y finalmente también a Gladys Marín.

Luego recuerda un episodio que ocurrió en Chile poco después de volver del exilio, cuando tenía catorce, quince años.

Con su madre fueron a una notaría. Tenían que hacer un trámite para poder matricularlo en el colegio. Habían pasado toda la mañana haciendo colas, gestiones, yendo de una oficina a otra. La notaría era la última estación. Faltaba un cuarto para las tres y la notaría abría a las tres. La gente se arremolinaba afuera del lugar.

De uno en uno llegaron los empleados. Abrían y cerraban la puerta de entrada. Uno subió las persianas. Otro se estiró sobre una silla. Una chica joven, de expresión vacía, se sentó detrás de una máquina de escribir.

Fumaron, conversaron, se prepararon un café.

Ya eran las tres. Tres diez. La gente reclamó. Esto no puede ser, qué falta de respeto. Uno que tiene cosas que hacer y mire, así nos tienen. Qué vergüenza. Claro, se aprovechan de que es la única notaría del barrio. Y pensar que el señor gana plata por puro firmar. Así es la vida de algunos. Dos lucas por poner un sello.

Finalmente, a las tres y media, llegó el notario. Era un señor bajito, calvo, de lentes. La gente pasó del murmullo al silencio absoluto (diecisiete años no habían pasado en vano). La multitud se abrió como el Mar Rojo cuando llegó Moisés encabezando su tropa. Y nadie dijo nada.

Nadie, excepto la madre de Nicolás, que le reclamó a viva voz al notario por su atraso. Nosotros también tenemos cosas que hacer, señor, le dijo. Hace media hora que estamos aquí

esperando, no puede ser. Y el notario le dio la razón. Y le pidió disculpas.

Es que la madre de Nicolás, que se marchó de Chile en la primavera del 73, era de otra época.

\* \* \*

En los primeros años de la dictadura había un taxista que tenía un par de amantes. Estaba casado pero aprovechaba su trabajo para visitarlas, agasajarlas. Con el tiempo su esposa se puso cachuda. Le preguntaba cosas, le miraba detenidamente un rasguño en el cuello, trataba de hacerlo caer en contradicciones, no se tragaba totalmente lo de las interminables horas de trabajo. Entonces, una noche, cansado de tanta preguntadera, él tuvo aquella ocurrencia. Mijita, tengo que decirle algo, pero me tiene que prometer que no se lo va a decir a nadie, es un secreto. Ella lo miró extrañada. Pero qué pasa, mi gordo. Yo no se lo quería decir por seguridad pero creo que es mejor que lo sepa, usted es mi esposa. ¿Pero qué? Es que yo... yo estoy en la resistencia contra Pinochet. Pero cómo, si a ti nunca te ha gustado la política. Es que ésa es la idea, justamente. ¿Me estás hablando en serio? Pero claro, mijita, ¿cómo podría jugar con algo tan serio? Y le dice que por eso salía a cualquier hora, y por eso mismo llegaba a cualquier hora. Ella, que había votado por Allende, dudó, pero al final se convenció, admirada, y le juró que iba a quedarse callada. Estaba casi orgullosa. Dejó de hacer preguntas. Se puso muy feliz porque su esposo hacía algo contra aquella dictadura infame.

Pasaron muchos meses. Un día, en una reunión familiar, ella no pudo más, y en un rincón se lo contó excitada y orgullosa a su hermana. ¿De verdad? Sí, así me dijo. Mira tú, nunca lo hubiera imaginado. Pero me tenís que prometer que no se lo contai a nadie. Pero no, ¿a quién?, quédate tranquila, si lo quiero como un hermano. Ella no sabía que su hermana era informante de la DINA. Y así cayó el taxista. Lo torturaron durante muchos días para que revelara sus contactos inexistentes, los inexis-

tentes lugares de reunión, la estructura inexistente de un grupo inexistente de resistencia. Pasó por el tratamiento completo: submarino seco, submarino húmedo, electricidad. Los milicos se enojaban porque no revelaba nada, y más duro le daban. A veces se cansaban y lo devolvían a la celda, donde lo tiraban en un rincón. Él caía como un saco de papas y sólo pedía un poco de agua, y en ese bar, cerca del Mercado Central, el conocido del padre de Adrián recuerda entonces que él pedía ir al baño y en su boca traía un poco de agua que le daba en los labios al taxista que lloraba y llamaba a su madre.

\* \* \*

Cerca del mediodía, el bus llega hasta la aduana del paso Los Libertadores. Está lleno de chilenos que van a Mendoza y argentinos que regresan a Mendoza.

La aduana está a tres mil metros de altura, en mitad de la cordillera. Allí Investigaciones hace los trámites migratorios. Hay una fila interminable de autos, buses, camiones.

Los pasajeros bajan del bus. El auxiliar les reparte un formulario. Todos lo llenan con su nombre, número de pasaporte, profesión, dirección, motivo de viaje. Luego se ponen a hacer una fila. Un rati los va llamando de a uno.

Pasan, entregan el formulario, el pasaporte, y él chequea en la computadora. Luego timbra el papel, el pasaporte, y hace pasar al siguiente. El policía tiene cara de cansado.

– Joven, ¿puede pasar a nuestra oficina?

Adrián obedece. Algunos de la fila miran extrañados. Camina como un robot. Dos policías jóvenes, sólo un poco mayores que él, de traje y corbata, lo acompañan. Se lo llevan a un cubículo. Cierran la puerta. Se sienta en una silla de plástico. Le dicen que no puede salir del país, que tiene un proceso pendiente. Pide un vaso de agua. Se lo dan.

Después lo ponen de regreso en el próximo AndesMar de vuelta a Santiago.

\* \* \*

Cuando terminan de hacer el amor, Nicolás le dice a Pamela que se ganó la beca para irse a estudiar a España. Ella primero se queda muda, un buen rato.

– Pucha, ¿y qué vai a hacer?

– Irme.

– Pero si no conocís a nadie allá.

– Uno siempre conoce a alguien.

– Oye, Nicolás, pero, ¿y nosotros?

– Bueno... te podís venir conmigo.

–¿Pero con qué plata? Además dejar mi trabajo en el hospital, irme así, a la loca... me da cosa.

Él suspira. La mira. Piensa que la va a extrañar, pero no dice nada.

– Estoy aburrido de andar al tres y al cuatro, sin ni uno.

– Pero si sabís que podís encontrar otra pega.

– Sí, puedo encontrar OTRA mierda, ¿y después qué? Tú sabes que siempre me he querido ir de Chile. Te lo dije la primera noche.

– Ya, pero... nosotros somos felices aquí, ¿o no?

Él se queda callado.

– Si me quisieras, no te irías.

– No empieces a manipular. Ya te dije que nos podemos ir juntos.

– ¿De verdad quieres que me vaya contigo?

– Claro...

– No suenas muy convencido...

– Tú no te irías a ninguna parte, así que da lo mismo...

– No te entiendo...

– Tú misma me lo has dicho.

– ...ese afán por irse...

– Yo tampoco entiendo cómo puedes vivir en este lugar, será porque no conoces nada más.

– No te pongai hiriente.

– Es la verdad.

Él suspira. La mira.

– No peleemos más, mi amor.

– ...

– Vamos a dormir, ¿ya?

– ...

– Ya poh... vamos a dormir... a dormir...

\* \* \*

*“¿Cómo influye en uno, en su ser como persona, el momento en que fue concebido o concebida?*

*Ser concebido o concebida entre paredes protegidas, una noche de verano, como fruto de la historia entre aquel hombre y esa mujer que se amaban profundamente y buscaban un retoño.*

*Ser concebido o concebida en una fiesta de quinceañeros borrachos y vírgenes, tras litros de piscola y un vómito en el baño, en una pieza con un póster de Britney Spears en la pared, tras una eyaculación precoz y sangre en la alfombra.*

*Ser concebido o concebida tras la acostumbrada violación que sufre aquella muchacha a manos de su hermano, como todas las noches, después del liceo y la pega en la contru, respectivamente, en el living de una casita periférica donde se amontonan padre y madre y muchos otros familiares.*

*Ser concebido o concebida en un motel de Puente Alto, en el jurado último polvo antes de separarse definitivamente, tras cinco años de una relación tormentosa, de idas y vueltas, de gritos, peleas terribles, reconciliaciones, traiciones”.*

“El sexo en Chile”, volumen 2, testimonio 47

\* \* \*

Son cuatro. Lo esperan a la salida del cybercafé, cerca de las once de la noche.

– ¿Así que te queríais escapar, conchetumadre?

Uno de ellos le da a Adrián una cachetada. Otro le hace una zancadilla y Adrián cae al piso. Entre todos empiezan a pegarle patadas en el suelo. Adrián grita y sale el dueño del cybercafé, un brasileño, pero uno de los tipos saca una placa y le dice que son del OS-7.



– Párate conchetumadre, que mi mayor quiere hablar contigo. ¡Párate comunista reculiao! ¡Comunista de la conchetumadre, no vai a aprender nunca!

Adrián siente una lluvia de patadas, combos. Tirado en el piso, en posición fetal, trata de cubrirse la cabeza con las manos. De repente tiene la sensación de que todo pasa en cámara lenta. Siente los gritos muy lejos y sus extremidades atontadas, entre su respiración agitada.

Uno de los policías lo agarra del pelo, otro le pone las esposas. Lo arrastran por el piso. Entonces ve la cuca. Abren atrás y lo tiran en el piso, como un saco de papa. Luego se desmaya.

\* \* \*

Roberto recuerda la historia de aquel chileno, pero no sabe dónde escuchó el relato.

Tal vez se la contó aquel muchacho lituano que estaba recorriendo Europa tras haber concluido sus estudios de Medicina, a quien conoció en la estación de Milazzo, Sicilia (una estación en la mitad de la nada, muy lejos del puerto), mientras ambos esperaban el tren a Palermo. Roberto venía de la isla de Lipari, donde había trabajado varios meses después de separarse de María.

Quizás la escuchó aquel verano antes de irse de Chile de boca del dueño de aquella casa en La Paloma, Uruguay, donde arrendó una habitación y conoció a dos chicos de Tacuarembó, fanáticos de la cumbia villera que escuchaban a Los Pibes Chorros todo el santo día.

O fue en el bar “Tropical” de Pereira, Colombia, aquella noche que estuvo observando de reojo a dos putas muy jóvenes que llegaron con su chofer, que bebieron unas copas, que usaban unos vestidos escotados, que no hablaron nada de nada durante las dos horas que estuvieron allí.

Roberto tiene una buena memoria visual: rara vez olvida un rostro. Roberto recuerda muy bien algunas escenas de su vida (su primera noche con ella, por ejemplo, en aquella habitación de Berlín; su primera paliza a manos de la policía chilena, conocida

por sus modales, en la esquina de San Diego y Alameda; su primera borrachera escolar, en la Casa del Profesor de Puerto Montt), pero es incapaz de decir ahora a ciencia cierta donde escuchó aquella historia de un chileno fugado de la cárcel El Manzano de Concepción, llegado después de una caminata circular de tres meses por el desierto a la playa de Juan López de Antofagasta, huido de un manicomio ubicado en Puente Alto.

\* \* \*

En 1920, los británicos compran una fábrica textil en Medellín.

Aquella empresa tenía fama en la ciudad. Las importaciones de ropa inglesa no tenían nada que envidiarle. El embajador británico en Bogotá, preocupado por la competencia y el ejemplo que representaba para la región, había hecho un informe, que muy pronto llegó a Londres.

Luego de cerrado el trato, la firma es desmantelada. Lo primero que hacen es despedir a los trabajadores. Los archivos los queman en el patio de la planta. Descuartizan los muebles y los venden como leña.

La maquinaria la arrojan al río Aburrá.

“Apuntes para entender la historia de América Latina”

\* \* \*

Roberto se va para Valencia.

En la estación de Atocha, en Madrid, toma un tren regional. Se demora seis horas, el doble que el Alaris, pero cuesta la mitad. El tren para en infinidad de pueblos de aquella llanura española despoblada, llena de campos vacíos y casas abandonadas hace mucho tiempo.

Cuando llega a la estación de Valencia-Nord, llama a María por teléfono. Ella lo cita en las Torres de Quart, a las seis de la tarde. Puedes ir caminando desde la estación, le dice. Es mediodía. En la cafetería de la estación, Roberto compra un pan con jamón que guarda en su mochila. Luego toma un tranvía y se va a la playa.

Es noviembre y no hay nadie, excepto algunos pocos pescadores que tiran unos hilos largos, sin cañas, al mar. Roberto deja sus cosas en la arena, se pone el traje de baño amarillo y se mete al agua. Está helada, pero él no puede estar frente al Mediterráneo y no bañarse.

Sale del agua, se seca, se cambia. Se tira en la arena a mendigar un poco de sol. Come el pan con jamón. Duerme una siesta. Toma sus cosas y camina hacia el norte, hasta donde termina la arena y empiezan unas construcciones, y luego regresa por la costanera, en medio de bares cerrados. En una calle hay una fiesta de gitanos.

Vuelve al centro, en bus. En su asiento despliega su mapa, para saber donde bajarse. Desciende cerca del lecho seco del río Turia, junto a la desembocadura.

Camina entre las callecitas y entra a un bar que está vacío, excepto por un hombre de mediana edad, de bigote, que tiene puesta la tele. Ve unos videos musicales de Medio Oriente, con odaliscas cantando al ritmo de baterías electrónicas.

Pide un kebab. Le pregunta al hombre si puede ir al baño, y el hombre le dice que sí. Va al baño. Se lava un poco, orina. Cuando vuelve a su mesa, el kebab está listo.

Le pregunta al hombre de qué país es. Sin dejar de mirar los videos, el hombre responde que es de Pakistán. Le pregunta hace cuanto tiempo está en España, y el hombre le dice que hace cuatro años.

Roberto paga, sale, se pone a caminar por una avenida. A lo lejos se ven las Torres, que quién sabe cuantas historias tienen. Le empiezan a sudar las manos, le palpita el pecho. Él se pregunta: "¿Qué tiene esta mujer que hace latir así mi corazón?"

Entonces se sienta en las escaleras de las Torres, a esperarla.

\* \* \*

En el aeropuerto, Nicolás ya se despidió de su madre, de su mejor amigo, del Gato, y ahora está solo con Pamela, en la entrada de la sala de control de pasaportes.

Ella solloza. Se limpia los mocos. Se abrazan. No quiere soltarlo.

Él sólo quiere irse. Sin saber por qué, recuerda esa vez que hicieron el amor en las rocas de Santo Domingo, poco después de Navidad. Él acabó, ella no.

– Nos escribimos.

– Sí.

– Total, es sólo un año.

– Cúidate mucho, mi amor.

– Hablamos... te llamo apenas llegue.

– Ya.

– Nos vemos en junio, ¿ya? -dice él.

– Sí, sí. -dice ella.

Se besan por última vez. Nicolás sabe que se terminó, pero no tiene fuerzas para romper ahora. Lo hará más adelante, en tres o cuatro meses, cuando ya estén sedados por la distancia, ablandados por la mirada de alguien nuevo y el otro se haya tornado borroso.

– Hablamos -se dicen, y se despiden.

\* \* \*

En un sueño, Pablo se encuentra con un amigo en la estación del Metro Santa Lucía. Se conocieron en un taller literario en La Reina a principios de los noventa y no se han visto en cinco o siete años. El amigo le propone tomar un café, él acepta y se van a un local en la esquina de la Alameda con Santa Rosa, frente a la Biblioteca Nacional.

Hablan de los viejos compañeros del taller, de las vidas de cada uno, de política internacional. Pablo le pregunta si sigue escribiendo. El amigo es empleado público y le contesta que de vez en cuando se lanza con algún cuento que nunca termina. Luego, en un arranque de honestidad, le explica que está soltero, que ya tiene cuarenta años, que vive solo y que en vez de dedicarse a escribir prefiere pasar las noches navegando en Internet y ver pornografía.

Después el amigo, en tono acusador, le dice que ha leído su libro. Pablo primero se queda mudo, porque no ha escrito ningún libro, pero en el sueño sí lo ha hecho, en una editorial pequeña

de unos retornados, y entonces se escucha a sí mismo preguntando a su amigo qué le ha parecido.

Pues me ha parecido malo, una bazofia. Además, ¿cómo puede haber tanta amargura en tu corazón? Pablo no sabe qué responder. ¿Qué te ha hecho Chile para que hables así del país? Bueno, cada uno es fruto de sus experiencias, responde. Parece que Chile te hubiera hecho daño. Evidentemente lo hizo de alguna forma, contesta Pablo. Creo que es un libro amargo, muy fragmentado, incompleto, incluso limitado estilísticamente, mal escrito, se aventura a decir el amigo. Y bueno, es el primero, dice Pablo a modo de disculpa. ¿No te echaste a un montón de gente encima?, le pregunta. No, responde Pablo, no hice más amigos, y sigo conservando los mismos de siempre.

Entonces se produce un silencio incómodo. Ambos terminan de beber su café y el amigo levanta la mano para pedir la cuenta al mozo. Se despiden en la calle, a las apuradas, mientras atardece.

Buenos Aires, 4 de septiembre de 2009

## *Agradecimientos*

*Quiero agradecer especialmente a Siujen Chiang, Lucía Paz, Mario Ramos, Fabián Flores y a toda la editorial Quimantú por dar cabida a este manuscrito. Gracias también por leer el texto y animarme a seguir adelante: Juan Manuel Medina (desde Texas), Virginia Thielicke (Hamburgo), Carola Martínez, Pablo Milán y Carmen Villarroel (Buenos Aires), Gissel Godoy (Iquique), Fernando Marambio y Gabriel Palacios (Santiago).*

# LOS INQUILINOS

---

“Chile, un buen lugar para hacer negocios, para venderse y arrendarse, para emborracharse y drogarse tratando de olvidar esta realidad tan charcha, un buen lugar para ser traicionado por el mejor amigo, quien se acuesta con mi mujer, un buen lugar para ser torturado, despellejado, violado, golpeado y tirado al mar por haber tratado de cambiar el fundo y la vida de los inquilinos, un buen lugar para luego ser olvidado, un buen lugar para irse a la mierda, escribe Pablo.”

